

Mike Wendling

ALT-RIGHT:
LA DERECHA ALTERNATIVA
De 4chan a la Casa Blanca

Traducción de
Francisco Campillo García



EDITA **A. Machado Libros**

editorialmachado@machadolibros.com • www.editorialmachado.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: *Alt-right (From 4chan to the White House)*

Copyright © Mike Wendling 2018

© de los prólogos: Álvaro L. Pajares

Jaime Caro Morente

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-497-9

DEPÓSITO LEGAL: M-5.420-2023

Impreso en España

Índice

Prólogo de Álvaro L. Pajares. <i>¿Quién ríe ahora?</i>	7
Prólogo de Jaime Caro Morente. <i>Lo que nadie creyó posible y se hizo realidad</i>	11
Introducción: <i>¿Está bien pegarle a un nazi?</i>	17
1. Los intelectuales	37
2. Los racistas	63
3. Los chaneros	73
4. Los meninistas	87
5. Lenguaje	103
6. Medios de comunicación	139
7. Neonazis	167
8. Los de a pie	183
9. Los conspiranoicos	197
10. Los violentos	219
11. La Casa Blanca	239
12. El declive	257
Notas	275
Agradecimientos	317

Prólogo

¿Quién ríe ahora?

Por Álvaro L. Pajares

La mañana del 15 de agosto de 2017, después de cuatro tensos días en los que EEUU asistió atónita a la concentración organizada por diversas organizaciones de ultraderecha en Charleston, Virginia, así como a los violentos disturbios entre miembros del KKK, neonazis y activistas del grupo Black Lives Matter, Donald Trump ofreció una de las ruedas de prensa más polémicas de su presidencia. En medio de la intervención de una periodista que le preguntaba por qué se negaba a condenar los incidentes provocados por la *alt-right*, intentó zanjear la conversación por la vía rápida. «¿Qué es la *alt-right*? Por favor, ¿podrías definirme qué es la *alt-right*?»

Desde que la rana Pepe hiciera acto de presencia en la campaña de 2016, generando miles de memes y reacciones en Internet, la pregunta por el origen de la *alt-right* ha pasado a convertirse en uno de los temas estrella del periodismo político americano. En torno a sus ideólogos y protagonistas se ha generado toda una mitología que ilustra los valores nihilistas que han regido toda la cultura de Internet durante la última década. ¿Quiénes son esos chicos que esconden su cara tras las antorchas? Nadie conoce realmente sus caras, pero sabemos que están enfadados con las minorías, con los políticos de Washington y que están dispuestos a llevar su odio hasta las últimas consecuencias.

En un tiempo donde las tendencias y los fenómenos virales se confunden habitualmente con movimientos políticos reales, el término *alt-right*, *alternative right*, acuñado en su día por el ideólogo y supremacista blanco Richard B. Spencer, ha dado lugar a cientos de artículos y columnas digitales permitiéndonos comprobar dos cosas sobre la percepción de nuestra propia contemporaneidad que aún seguían vigentes en 2016: la fascinación por Internet como ese último espacio aún abierto al futuro, disponible al cambio, y el «aburrimiento de época» dentro de un sistema que, después del fracaso de la izquierda global tras 2008, parecía que, como vaticinó Francis Fukuyama, permanecería impertérrito durante mil años. ¿Cuánto había realmente de pulsión autodestructiva y cuánto de noticia en los reportajes de aquel momento?

Después de casi una década desde que ese aroma misógino y reaccionario se apoderase de 4chan y Reddit, volviendo imposible la comunicación dentro de los viejos foros, este libro es un poderoso testimonio sobre uno de los movimientos contraculturales más influyentes en la historia americana reciente. Con *Alt-right: De 4chan a la Casa Blanca*, Mike Wendling pone orden sobre un fenómeno político difuso y, como la mayoría de los originados en RRSS, marcado por las individualidades. Wendling, que cubrió las elecciones presidenciales de 2016 como corresponsal para la BBC en EEUU, separa el acontecimiento de la anécdota, poniendo el foco sobre figuras de las que ya venía informando en sus reportajes y que terminaron convirtiéndose en los líderes de la derecha alternativa.

Richard Spencer, Alex Jones y Milo Yiannopoulos son los protagonistas de este libro. Tres personajes que antes de 2016 no eran sino «hombres pegados a megáfonos esperando que apareciese una causa que liderar». En muchos aspectos Wendling describe a Spencer, Jones y Yiannopoulos como personajes antagonicos, con opiniones y visiones políticas muy distintas, pero unidos por una forma de comunicar que reventó el ecosistema digital durante el segundo mandato de Barack Obama. Un giro gradual, del que todos participamos, y que terminó por hacernos confundir la irreverencia con rebeldía, la intolerancia con el derecho a la opinión y el cinismo con la adopción de una actitud crítica hacia un mundo injusto. A lo largo de ese viaje fue la *alt-right* quien lideró la batalla cultural, convirtiendo la transgresión y la ironía, dos dispositi-

vos estéticos tradicionalmente utilizados por la izquierda, en sus principales armas discursivas.

Quienes quieran entender el fenómeno de la nueva derecha global, desde Vox hasta Bolsonaro, se encontrarán aquí con uno de sus casos más significativos. La enésima guerrilla contracultural en la historia de los Estados Unidos, como la que la derecha *neocon* moldeó y espoleó a finales de 1970. Forjada en otro tiempo desde las cocinas y las iglesias del país, su nueva vertiente emerge también desde el interior de los hogares americanos: en este caso desde los sótanos, donde cientos de jóvenes americanos de clase media llevaban años viviendo de espaldas a la sociedad.

El diagnóstico de Wendling sobre el fenómeno de la *alt-right*, no obstante, también atañe a la izquierda. Más allá de la épica con la que desde foros como /pol/ y r/TheDonald se celebró la victoria de Trump, Wendling pincha el relato de 4chan y su diagnóstico convertido en mofa durante la noche electoral: «hemos hecho presidente a un meme». Para Wendling los resultados republicanos de 2016 apenas arrojan diferencias con los obtenidos por los obtenidos por Mitt Romney en 2012. Fue el propio partido demócrata quien más se encargó de dar alas a la ultraderecha con sus continuas referencias a los *trolls* de Internet en sus discursos. Una estrategia que se demostró desastrosa, y alcanzó «su pico de la comedia» con la famosa expresión de Hillary Clinton «*basket of deplorables*», atajo de indeseables, con la que la candidata demócrata se refirió a los seguidores de Trump en Internet y que los foreros hicieron suya, dando lugar a miles de memes. En su libro de memorias *What happened*, la propia Clinton admite que ese momento supuso un punto de inflexión en la campaña, y fue uno de los errores cruciales que le terminaron costando la presidencia.

Volviendo a un momento político y a una respuesta en Washington DC, Charleston supuso el auge, pero también el inicio del declive de Jones, Spencer y Yiannopoulos. ¿Qué ha sido de ellos después de que la broma adquiriera tintes trágicos con la victoria de Trump? En 2022, Alex Jones se declaró en bancarrota después de perder una demanda millonaria interpuesta por las familias de la tragedia de Sandy Hook, a quienes acusó en su programa de radio Infowars de ser parte de un montaje orquestado por el gobierno federal para quitar las armas a los americanos. Ese mismo año, Milo

Yiannopoulos fue acusado en redes sociales de pedofilia, precipitando su salida del medio de comunicación ultraconservador Breitbart. Actualmente Yiannopoulos es consultor político para candidatos independientes, como Kanye West, a quien asesora en su campaña para las elecciones de 2024. Por último, el precursor y líder de la *alt-right*, Richard B. Spencer, desapareció del mapa después de que varios medios de comunicación le identificaran como uno de los instigadores y organizadores de las manifestaciones en Charleston, que se saldó con un muerto y treinta y cuatro heridos. Recientemente, una usuaria de la aplicación de citas Bumble encontró e identificó a Spencer dentro de la página. En la información de su perfil no había ninguna referencia a su pasado como supremacista, Spencer había rellenado el apartado ideología/opiniones políticas con un escueto: centrista moderado.

Prólogo

Lo que nadie creyó posible y se hizo realidad

Por Jaime Caro Morente

Pocas personas podrían imaginar que, en el año 2023, el Partido Republicano pudiese faltar a la conmemoración que otorgaba reconocimiento a los agentes del orden que habían protegido, dos años antes, el Capitolio de un intento de golpe de Estado. Es más, casi nadie podría imaginar que la república estadounidense sufriría un golpe de Estado en el año 2021.

Ahí radica la importancia de una obra como la de Mike Wendling, en la que se estudia el nacimiento de este movimiento político de extrema derecha al que llamamos *alt-right*, recorriendo desde la década de 2010 hasta su conquista de la Casa Blanca con la llegada a la presidencia de Donald Trump en 2016. No solo es una obra que, escrita en el 2018, goce de una gran actualidad gracias a su profunda investigación y radiografía del movimiento, sino que además sirve de mapa para cifrar tanto el asalto al Capitolio de 2021, como el asalto a la Plaza de los Tres Poderes de Brasil de 2023, que tuvo lugar gracias a otro movimiento de extrema derecha: la *alt-right brasileira* o «los bolsonaristas», difícil de explicar sin la más que clara influencia de la *alt-right* estadounidense.

Desde 2012 el mundo está sumido en una oleada reaccionaria global que inauguró la *alt-right* y que se internacionalizó rápidamente por puras dinámicas culturales, gracias a la hegemonía de la cultura estadounidense y a la voluntad de sus principales actores.

Steve Bannon, uno de los intelectuales del movimiento y asesor de Trump, y el mismo Trump sabían que necesitaban nuevos aliados para el éxito de su presidencia y buscaron internacionalizar el movimiento con apoyo institucional y económico. Por ejemplo, en España se reunieron varias veces con el partido político Vox, incluso Bannon llegó a «asesorar» estratégicamente al mismo a través de la Fundación del partido, DISENSO.

La obra de Wendling es imprescindible para entender los tiempos que vivimos. Fue editada y publicada en el 2018, cuando los especialistas creían que la *alt-right* había llegado a su cúspide llevando a Trump al poder, y que ya, después de aquello, estaba en plena caída hacia el vacío. Recordemos que en 2016 se produce una especie de nerviosismo académico que buscaba explicar este fenómeno de la derecha que, en 2017, con la marcha «Unite The Right!» en Charlottesville, muchos dieron ya por muerta y quisieron enterrar. Sin embargo, Wendling publica esta obra en 2018, yendo totalmente a contracorriente del sentimiento general, entendiendo a la *alt-right* como un fenómeno con todo su potencial aún por desplegar –aunque él nunca pudiese imaginarse que la extensión de ese potencial pasase por dar un golpe de Estado o por un proceso de internacionalización por las Américas y Europa.

Este ir a contracorriente añade más valor al análisis de la obra, pues la radiografía no da por muerto al movimiento de partida, y busca aún pensar su posible evolución. Un detalle en principio sin importancia: el capítulo dedicado al análisis de la jerga de la *alt-right*. Si Wendling hubiese coincidido con aquellos que daban al movimiento por muerto, no habría dedicado un capítulo tan pormenorizado a una jerga a la que solo le quedaba ser un fósil histórico sin uso. En cambio, contamos con una obra que analiza su jerga, entendiendo que este era un movimiento que había surgido en las redes y que las había abandonado para mudarse e instalarse en el discurso público, como así ha pasado.

Cuando surge la *alt-right*, lo hace desde internet, empujando para marcar el discurso de los políticos de derechas estadounidenses, tanto del Partido Republicano como de sus facciones internas como el Tea Party o los neoconservadores. Como el intelectual de la *alt-right* Milo Yiannopoulos auguró, el Viejo Elefante –siendo el elefante la representación del Partido Republicano– sería asesinado

y sustituido por la joven rana –Pepe *The Frog*, una rana verde, mascota de la *alt-right* que se remonta a sus tiempos de memes en 4chan–. La *alt-right* abandonó su esfera digital, desde donde generaba su discurso y transformaba la metapolítica estadounidense, y se mudó a las instituciones, a la boca de Trump y de muchos políticos republicanos. Se produjo aquí una quiebra: ahora los políticos de derechas, carcomidos por la *alt-right*, serían los que dirigirían el movimiento.

Pero, ¿qué es la *alt-right*? La obra de Wendling responde casi a la perfección a esta pregunta tocando todos los pilares bajo los cuales se constituyen tanto la *alt-right* como su discurso. Comienza con una introducción bastante elocuente en la que se contextualiza a una *alt-right* que ya era hegemónica. El título de esta introducción, *¿Está bien pegarle un puñetazo a un nazi?*, no es casual, representa perfectamente cómo se encontraban la sociedad estadounidense y sus actores izquierdistas y progresistas ante la situación. Claramente, Richard Spencer y los primeros intelectuales de la *alt-right* venían de ambientes neonazis, pero, ¿era la mejor respuesta la de pegarles un puñetazo? Esta parte de la izquierda estadounidense se veía totalmente desbordada por la *alt-right*: sus intelectuales se paseaban por universidades y eran invitados a la esfera pública aun sabiéndose sobre su pasado neonazi, y no pasaba nada. Estaba comenzando a calar su mensaje.

La *alt-right* es una reacción a la potencia, tanto teórica como hegemonzante, que tuvieron tanto el feminismo como el antirracismo de tercera ola, gracias a la Teoría Crítica, durante finales de los años ochenta, noventa y dos mil. Esta tercera ola deconstruyó, con todas sus consecuencias políticas, las categorías modernas de raza y género, hasta deshacerlas, dejando desprovisto a un mundo político que aún las necesitaba. La deconstrucción de estas producciones históricas, raza y género, afectó a los sujetos privilegiados que gozaban de estar en la cúspide de la sociedad: los hombres blancos y heterosexuales. Por tanto, nos encontramos ante unos sujetos, hombres blancos, cuya identidad está siendo apuntada como culpable de las opresiones históricas de raza y género, y ellos, en una extrema fragilidad ante este ataque, hacen una huida hacia adelante basada en la vindicación de la identidad blanca y masculina.

Pero esta vindicación se hace desde el marco ya creado e impuesto por la Teoría Crítica, en el que se entiende que las categorías de raza y género son un producto histórico, y por tanto, cambiantes, con posibilidad de evolucionar y de desaparecer. Los sujetos e intelectuales de la *alt-right*, asumiendo este marco, construirán el discurso desde la premisa de que todas las identidades son igual de respetables: «¿por qué los negros se pueden sentir orgullosos de serlo y los blancos no?». Sobre este discurso frágil y victimista, se creará el nuevo racismo que bien analiza Wendling, así como la nueva construcción *altright* del binomio sexo-género.

Una de las pruebas más fehacientes que pone encima de la mesa Wendling sobre esta asunción de la derrota de mano de los movimientos feministas y antirracistas es que los intelectuales de la *alt-right*, a diferencia de la «anterior derecha estadounidense», no se oponen a las políticas de la identidad: entienden de hecho la política desde el marco de las políticas de identidad. Si las personas racializadas y las mujeres se pueden beneficiar de un paquete de políticas debido a su identidad, lo que tienen que hacer los hombres blancos es reclamar un paquete de medidas para sí mismos. En este punto argumentativo, Wendling separa muy bien la *alt-right* «dura» de la *alt-light*, versión más blanda: ambas quieren políticas de la identidad, solo que la «dura» lo que reclamará es un etnoestado para «salvar» a los blancos, mientras que la *alt-light* solo querrá un paquete de medidas para los hombres blancos, entendiendo así todas las identidades como en una jerarquía horizontal, teniendo que competir entre ellas para conseguir medidas que les beneficien.

Sobre el racismo en la *alt-right* se han escrito ríos de tinta y la interpretación de Wendling va en línea con lo que casi todos los expertos han apuntado. Sin embargo, el autor, en su explicación del binomio sexo-género en la *alt-right*, plantea elementos muy disruptores en los que quisiera detenerme, pues invitan a introducir hipótesis nuevas que permitirían enriquecer, gracias a su interpretación, el debate científico sobre la *alt-right*. La mayoría de expertos hemos pensado que, si bien la *alt-right* produce un salto al vacío en lo que se refiere a la categoría de raza intentando abandonarla, haciéndola identidad y sabiendo que es destructible —y que, por tanto, no está apegada a una realidad tangible y es más un dispo-

sitivo cultural que otra cosa—, en lo referido a la categoría de género, todos los investigadores habíamos llegado a la conclusión de que no se produce ese salto. La tesis principal que se ha mantenido es la de que la *alt-right* es un intento de vuelta a los valores de feminidad y masculinidad de la Modernidad, valores que atan perfectamente a los sujetos; podríamos hablar de un proceso de reforzamiento de la categoría de género moderna. Wendling, sin embargo, lo planteó desde otro prisma, aunque no lo terminase de hilar y concluir en su obra: la *alt-right* cuenta con un sistema de roles de género bastante fluido. Si bien respeta —como toda extrema derecha— la distinción binaria sexo-género, considera que tanto hombres como mujeres pueden adoptar dos roles totalmente diferenciados, caricaturizados estos a través de la jerga digital inventada por el movimiento. Para los hombres, tendríamos dos roles de género diferenciados por «grado de masculinidad»: los *alphas*, hipermasculinizados y misóginos, una suerte de figura fruto de la nostalgia de un supuesto hombre pasado, y los *betas*, los «nuevos hombres», que son blandengues y que han perdido toda su masculinidad por estar subordinados al feminismo hegemónico y a las mujeres. Igualmente, para las mujeres cabrían dos tipos de roles: las *normies*, o las mujeres feministas que han perdido toda feminidad y valor social para la *alt-right*, y las *tradwifes*, *traditional wives*, que son aquellas que encuentran su valor al ocupar el antiguo papel de la mujer y al encarnar una feminidad totalmente subordinada al hombre.

Debido a que el movimiento feminista es el movimiento que más se ha internacionalizado —el antirracista lo intentó con el Black Lives Matter en el 2020 pero respondía de forma muy concreta a las dinámicas de la sociedad estadounidense y no pudo integrarse en otras sociedades con otras dinámicas—, la parte de la *alt-right* más vinculada a dar la batalla de género, se internacionalizó con él. Durante la escritura de este libro, Wendling no pudo dar testimonio de este proceso de expansión ideológica porque aún no se había desarrollado, pero la *alt-right* comenzó posteriormente a impregnar a las Américas y Europa con su discurso antifeminista, transformándose en «*alt-right* nacional» en cada país por el que se extendía.

El caso español es algo paradigmático: desde 2013 contábamos con la existencia de una extrema derecha —el partido Vox—, pero es

a través del foro de internet Forocoches con el que la *alt-right* aterriza en España. Forocoches era prácticamente una copia de 4chan, comenzó como un foro para hablar de coches, pero al poco tiempo se diversificaron las temáticas, siendo una de ellas la política. En sus páginas podremos ver la llegada de la jerga de la *alt-right* a través de sus insultos: *Social Justice Warrior* o *Snowflake*, «autista» o la versión española de *libtard*, «progre retrasado». A su vez, comenzaron una meteórica carrera haciendo vídeos para Youtube: *youtubers* que se encargarían de traducir los marcos de la *alt-right* estadounidense a España, como Un Tío Blanco Hetero. Luego, el partido Vox, solo tuvo que asumir esos marcos y encontrarse con Bannon y Trump para conseguir tener una muy buena representación en las instituciones. La «*alt-right* nacional» española siguió el camino marcado por la estadounidense recorriendo menos años en internet.

A día de hoy, la *alt-right* estadounidense ha carcomido totalmente al Partido Republicano, encontrándose este en una grave crisis que amenaza su existencia por la apertura de un gran cisma que no se daba desde hace décadas. Igualmente, este movimiento político reaccionario ha conseguido influir en otros países, bien polarizándolos, bien consiguiendo llegar al poder (Brasil y, en gran medida, Italia), bien alcanzando un peso institucional extremadamente fuerte, como en España.

La obra de Wendling es una radiografía para entender los pilares básicos de este movimiento de extrema derecha que azota a las democracias occidentales y pone en peligro los Derechos Humanos de personas racializadas, mujeres y del colectivo LGTBI. Su estudio es importante para mapear bien este movimiento y poder combatirlo con efectividad. Recordemos que hoy –año 2023– este movimiento ha creado milicias supremacistas blancas, ha cometido diversos atentados en Occidente y ha intentado llevar a cabo dos golpes de Estado: uno el 6 de enero de 2021 en los Estados Unidos y otro el 8 de enero de 2023 en Brasil.

Introducción

¿Está bien pegarle a un nazi?

Richard Spencer tenía razones para andar por ahí pavoneándose. Como uno de los más entusiastas representantes de la derecha alternativa que apoyaban a Trump, caminaba ufano por las calles de Washington el día de la investidura presidencial en enero de 2017. Celebraba no solo la victoria de uno de sus políticos preferidos, sino el comienzo de lo que él creía que podía ser una auténtica revolución purificadora, una limpieza. Era el comienzo del fin –pensaba– de la globalización, del liberalismo y la progresía, de la corrección política y de la democracia multicultural.

En medio de la multitud, Spencer era objeto de atención de los seguidores de Trump, de los medios de comunicación y también de quienes protestaban contra él en tanto uno de los líderes destacados de este movimiento algo marginal y enigmático en el escenario político norteamericano. Aquello significaba una clara ruptura con el pasado reciente. Spencer había pasado los años de la administración Obama escribiendo para webs ciertamente “esotéricas”, manteniendo continuas broncas con sus vecinos en una diminuta ciudad de Montana¹ y dándole vueltas a cómo dar forma a su versión siglo XXI del nacionalismo blanco –un nuevo orden mundial basado en la idea del etnoestado–. Pero ahora había encontrado en Donald Trump un líder a quien seguir.

«Creo que nos enamoramos de él», me diría más tarde. «Él era el hombre, él lo estaba cambiando todo, él hacía cosas por nosotros, no había quien lo parara. Yo estaba entusiasmado, sin duda. La derecha alternativa creía estar en la misma onda que el votante medio de Trump, todos eran uno. Yo podía ir por ahí con una gorra de Trump... y en cualquier momento un tipo normal y corriente podía darme una palmadita en la espalda o hacerme un gesto de complicidad. Porque la política que yo hago, eso que se llama *alt-right*, no es algo que se vea todos los días.»

Rápidamente, Spencer sintió que había dejado por fin de ocupar las notas a pie de página de la historia y ahora estaba en el centro mismo de su torbellino. «Yo nunca me metí en esto para ser solo una figura marginal», dijo. «Pensaba que algún día ganaríamos. Nuestro mayor problema es que nunca habíamos soñado con algo tan grande.» Y el presidente Trump era el primer gran sueño de la derecha alternativa que se hacía realidad.

Pero la *alt-right* podía presumir de que el nuevo presidente no era el único que estaba con ellos. La ceremonia inaugural se vería también honrada ese día con la presencia de Stephen Bannon, antiguo director de una publicación online sensacionalista, Breitbart. Esta web tenía una misión claramente identificable, por mucho que la oferta de medios de comunicación sectarios o partidistas en Estados Unidos nunca haya dejado de crecer. Su ración periódica de noticias consistía en historias sobre inmigrantes que propagaban por las calles el crimen y las enfermedades, sobre demócratas embusteros y sobre políticos que, a pesar de su apariencia políticamente correcta, escondían ejemplos de comportamientos merecedores de repulsa. Breitbart era el nuevo medio favorito para la derecha trumpista y se convirtió —aunque quizá no fuera ese su propósito deliberado— en el principal medio de alcance popular para la difusión de las ideas de la derecha alternativa². Sus páginas ya se habían encargado con anterioridad de hablar de Spencer en términos laudatorios como uno de los padres intelectuales del movimiento³, y el propio Bannon alardeaba en cierta ocasión ante un reportero de que su medio era «la tribuna de la *alt-right*»⁴; lo cierto es que pronto se convertiría en el jefe de estrategia del presidente.

Mientras paseaba sin rumbo entre la multitud que asistía a los fastos de la investidura, Spencer se encontró concediendo una en-

trevista rodeado de un pequeño grupo de gente en la esquina de las calles 14 y K, en el centro de Washington⁵. El vídeo subido posteriormente a la red nos lo muestra intentando restar importancia a quienes le lanzaban reproches⁶. «Llevo años dando conferencias, y contamos con que siempre haya alguien que venga a protestar», le dijo al reportero.

Pero la conversación pronto degeneró en una batalla campal. En las imágenes puede verse cómo hay personas detrás de Spencer con carteles como estos: «La vida de los blancos importa mucho»* y «Lucha por el socialismo contra la barbarie». Sus detractores comenzaron a interrumpirlo espetándole: *¿Te gustan los negros?, ¿eres un neonazi?*

«A los neonazis no les gusto; yo diría que me odian», respondió.

El periodista le preguntó sobre el pin de su solapa, una rana verde, el ya entonces tristemente célebre batracio Pepe, que se había convertido en la mascota del movimiento. En cuanto empezó a responder, «Bueno... digamos que Pepe es algo así como un símbolo...», un hombre se abalanzó contra Spencer y le soltó un puñetazo en la cara.

* * *

Richard Spencer era quizá el líder más reconocible de una tendencia que en ciertos aspectos no tenía nada que ver con el resto de las fuerzas presentes en la política moderna. La derecha alternativa se compone, efectivamente, de un vago grupo de ideologías que se mantienen unidas por aquello a lo que se oponen: el feminismo, el islam, el movimiento Black Lives Matter, la corrección política, una confusa idea a la que llaman «globalismo», y el establishment político tanto de izquierdas como de derechas.

Se trata de una corriente que durante la mayor parte de su corta historia ha existido casi por completo solo online y que, a pesar de su ausencia de organización, de vías formales de actuación política, de candidatos oficiales o de afiliados, emergió en la opinión pública en 2016 paralelamente a la candidatura presidencial de Donald Trump. Con una sorprendente velocidad, tras el triunfo

* *White lives matter too much*, en el original, en clara referencia al movimiento Black Lives Matter. [N. del T.]

electoral de este, el término «*alt-right*» pasó a ser de una idea difusa a una etiqueta —aunque a veces definida sin rigor— de uso común.

Conforme el movimiento iba ganando en popularidad, tanto los periodistas como los políticos progresistas y conservadores, quienes de pronto se vieron en el punto de mira de la derecha alternativa, tuvieron que enfrentarse a un mismo desafío: ¿Cuál era el mejor modo de afrontar este fenómeno y su derroche de odios, su mezcla de autenticidad e ironía?, ¿cuál era su origen?, ¿qué y a quién defendían?, ¿quién era esta gente y qué buscaba exactamente?

Este libro es un intento de responder a estas preguntas. Y también es un intento de ir más allá de las desgastadas tácticas de «denuncia» o *call-out*. Para estas basta con etiquetar a la derecha alternativa de racista (o sexista, u homófoba, o xenófoba, etc.), o con simplificar sus ideales como supremacismo blanco o una versión renovada del Ku Kux Klan, para así conseguir asustar y prevenir a la gente.

Dejémoslo claro: todas estas etiquetas son sin duda apropiadas. Muchos de los que se declaran seguidores de la *alt-right* son, siguiendo los criterios usuales de la definición, racistas y/o sexistas; es más, a muchos de ellos no les importaría en absoluto que les llamaran así. Son personas que creen en un orden social basado en la jerarquía racial y prescriben roles de género. Si lo consideramos en su conjunto, podríamos afirmar que la raza es la mayor obsesión del movimiento, quizá igualada solo por el género, el antifeminismo, la libertad de expresión, la civilización occidental y los videojuegos*.

* Para evitar cualquier duda al respecto, reproducimos aquí la descripción del grupo, por cierto ahora eliminada del foro «alt-right» o «subreddit» en el sitio Reddit, que se conserva en <http://rationalwiki.org/wiki/Alt-right>: «La derecha alternativa, a diferencia de la ideología dominante durante el siglo XX (liberalismo-conservadurismo), observa el mundo a través de una óptica realista. En vez de seguir contemplando el mundo a través de la ceguera ideológica que el liberalismo impone con el evangelismo dogmático propio de la religión igualitaria, nosotros preferimos ver y analizar las relaciones sociales y demográficas desde la perspectiva de lo que es real. De este modo, el realismo social y sexual constituye un ingrediente esencial de la *alt-right*, quizá el ingrediente clave a la hora de cohesionar las diversas facciones existentes en ella. Otro principio esencial es el identitarismo. Este consiste en la priorización de la identidad social, sin hacer caso a la persuasión política, y la derecha alternativa defiende la identidad blanca y el nacionalismo blanco».

Pero para aquellos que se muestran realmente preocupados por su creciente influencia, lo de poner etiquetas no es más que una forma de seguirle el juego a la derecha alternativa. Muchos “activistas” de la *alt-right* se muestran decididamente orgullosos de que les llamen «racistas». Otros ignoran el adjetivo restándole valor, cosa que no deja de ser acertada, si tenemos en cuenta la facilidad con que hoy damos ese nombre a actitudes o personas que no tienen nada de ello. Y además –este es uno de sus pasatiempos favoritos– los “activistas” de la *alt-right* devuelven el insulto a sus rivales, pues nada los hace disfrutar más que hablar de hipocresía y recurrir a la clásica falacia del *Tu quoque*, el «¡y tú más!»*. De este modo, si un seguidor de este grupo es acusado de racista o sexista, estará encantado de responder tildando con la misma etiqueta ejemplos de conducta a cargo, por ejemplo, de izquierdistas. Por supuesto, no les importa la igualdad –sus ideas son profundamente antiigualitarias–; les interesan argumentos ganadores, poner en evidencia las posturas incoherentes de sus oponentes y machacarlos hasta el final, algo que normalmente suelen hacer online.

Esa imprecisión permite incluso a los más extremistas dentro de la *alt-right* –muchos de ellos defienden posturas completamente ajenas a las de cualquier partido político o movimiento convencional– evitar verse acorralados, además de poder acusar a quienes los atacan de no interpretar adecuadamente sus mensajes**. De este modo, llamar a uno de estos activistas «racista» o «cachorro del KKK» sin más no es sino caer en su trampa: o bien rechazarán la acusación con datos o hechos cogidos por los pelos de aquí o allá, o quizá la acepten –en ningún caso reconociendo ser culpables de nada– y tuiteen unos cuantos memes de Pepe en señal de triunfo. La lógica interna de la derecha alternativa no se sostiene ante el mínimo escrutinio crítico –de hecho, las enormes fisuras que ya han empezado a destruirla son cada vez más obvias–; pero, para poner

* O también «the pot calling the kettle black» [le dijo la sartén al cazo] o *tu quoque*, https://en.wikipedia.org/wiki/Tu_quoque

** Y, sin duda, pueden tener razón, incluso si esa razón es tangencial al argumento en cuestión. Tal y como veremos, a los simpatizantes de la *alt-right*, en especial los más leales, les encanta lo tangencial: cuanto más larga sea una digresión, mejor.

en evidencia esas inconsistencias, hemos de analizarlas y criticarlas adecuadamente.

* * *

No es fácil hacerse una idea exacta de lo que es la *alt-right*. Tal y como hemos adelantado, se trata de una fuerza opositora que carece de una estructura organizativa propiamente dicha. Es hija de internet, donde muchos de sus miembros, incluso alguno de los más prominentes, pueden intervenir de modo anónimo o tuitean bajo seudónimo, ya que temen el perjuicio que sus actividades políticas puedan causar en sus trabajos y relaciones sociales. Se compone de diferentes facciones que se reducen o aumentan exponencialmente dependiendo de los avatares de la política y del asunto de que se trate.

Es difícil obtener una idea global de sus dimensiones y fines. Las estimaciones numéricas quizá estén en este caso un tanto fuera de lugar. La derecha alternativa no es como el KKK, las instituciones que rastrean grupos de odio no pueden proporcionar una estimación fiable del número de personas que pertenecen a agrupaciones locales o nacionales, pues en la práctica la *alt-right* no cuenta con ninguna. Su cantidad de usuarios, las cifras de lectores y de cuentas de tuiteros son por naturaleza inexactas; además, quienes la gestionan suelen engordar sus números, los cuales aumentan también con la presencia ocasional de curiosos, frikis del teclado y el ratón, bromistas y quienes mantienen con ella grupos un compromiso relativamente marginal. Junto a ellos cabe añadir una vasta guardia de corps que se ocupa de intentar mantener el control del movimiento.

Pero, aunque dispusiéramos de cifras, estas serían equivocadas también en la dirección opuesta. Algunas de las ideas de la derecha alternativa son compartidas por una gran cantidad de personas, entre ellas ciertos políticos prominentes que prefieren que no se les identifique bajo esa etiqueta, y por otros que solo tienen una vaga idea de lo que la *alt-right* realmente es. Al mismo tiempo, no faltan quienes, aun siendo gente que simpatiza y comparte buena parte de su ideario, se escandalizan con solo oír que los vinculan a ella e incluso amenazan con acciones legales contra los medios que se atreven a usar esa ominosa etiqueta para ubicarlos⁷.

De hecho, un buen número de las personas que se relacionan con la corriente evitan que se les tilde como tales, una tendencia que aumentaría tras la elección de Trump, ya que fue entonces cuando la derecha alternativa despertó la atención generalizada y empezó a gozar de mala reputación en la prensa tradicional. Por otra parte, la *alt-right* en tanto un fenómeno de alcance mediático popular es algo nuevo, tan nuevo como que puede remontarse como muy tarde a agosto de 2016, en la recta final de la campaña presidencial; por entonces yo mismo redacté un artículo para la edición online de la BBC News que fue muy visitado y al que di un título muy sencillo: «Las tropas de choque de Trump: ¿qué es la derecha alternativa?»⁸.

Pero, aunque el término «*alt-right*» y el creciente aglutinamiento de personas y tendencias en torno a él como resultado de un clima político concreto sean cuestiones relativamente recientes, lo cierto es que podemos rastrear en la historia algunas tendencias claramente identificables de su pensamiento (o de las que sus fieles presumen, *imaginando* que son algo así como su pedigrí). Sin duda que de esa genealogía podremos extraer observaciones generales y conclusiones de gran utilidad sobre la esencia de la *alt-right*, así como de las diferentes corrientes que forman el movimiento.

Para comenzar, tenemos lo que podríamos llamar los ancestros, los próceres de la derecha alternativa. Sus líderes más reconocibles se habrían estado moviendo durante años en el escenario del etnonacionalismo, empeñados en lograr un objetivo ciertamente difícil: hacer de sus políticas de extrema derecha algo que el público medio pudiera “digerir”. No puede decirse que fuera una venta fácil, pues Estados Unidos es un país poblado en su mayor parte por descendientes de inmigrantes llegados de todo el mundo, en el que el pluralismo es un concepto asumido por los dos partidos principales y la frase *E Pluribus Unum* («de muchos, uno») figura impresa en cada moneda. A pesar de ello, los nuevos profetas encontraron adeptos al tiempo que sus esfuerzos en las redes coincidieron con el punto álgido de una tendencia histórica generalizada de animadversión hacia las élites, contra el establishment, y encontraron un público receptivo en un nicho muy concreto de jóvenes reaccionarios. Estos hombres de a pie se sentían agraviados por el éxito del pensamiento feminista y los progresos alcanzados por las mi-

norías étnicas, además de mostrar una creciente inquietud ante el desmoronamiento de los antiguos principios establecidos respecto a la raza, la sexualidad y el género. Al mismo tiempo, no faltaban quienes venían manifestando ya desde hacía algún tiempo su confusión y temor –como muchos votantes de la izquierda y la derecha más clásicas– ante la atmósfera de censura imperante en muchas universidades, que se habrían convertido en un confuso y a veces apenas comprensible campo de minas poblado de advertencias contra una supuesta presencia cada vez mayor de temas intocables, de cuestionamiento de privilegios, de espacios seguros y de complejas políticas sexuales. Para la *alt-right*, todos estos ejemplos no son sino instancias de una de las cosas que más odian: la corrección política.

También se oponen al feminismo. Aunque los haya que acepten a regañadientes la segunda ola del feminismo y admitan que la igualdad de sexos ante la ley es un objetivo válido, otros protestan contra todo eso. Algunos incluso llegan a afirmar que conceder el derecho de voto a la mujer fue un tremendo error. No son menos los que se adhieren al viejo lamento del conservadurismo, «las cosas han ido demasiado lejos», y reclaman una reafirmación de los valores de siempre. Al mismo tiempo, otros partidarios del movimiento están obsesionados con el porno y la promesa de libertad sexual que alientan los miembros de otra facción de la derecha alternativa, los PUA o «artistas del ligue»*.

Cuando se trata de religión no faltan contradicciones igualmente desconcertantes. La derecha alternativa cuenta en sus filas con muchos ateos comprometidos, y no son pocos los que desprecian las tesis y prácticas de las religiones monoteístas. Otros abrazan una versión del cristianismo meramente cultural o estética –es decir, prefieren las catedrales góticas y el incienso a una simple comunidad con su pastor– e incluso los hay que simpatizan con el paganismo precristiano. También es posible encontrar a verdaderos creyentes y practicantes y a muchos otros que, como es el caso de Steve Bannon, expresan su filiación respecto a lo que conocemos como «Occidente judeocristiano»⁹.

* Con toda seguridad, esta no será la última desconcertante contradicción con la que tropezará el lector a lo largo del libro.

Mucho más importante resulta el hecho de que los seguidores de la *alt-right* niegan que exista unidad alguna entre las religiones abrahámicas. El antisemitismo es muy frecuente y es mucho más profundo que las jugosas declaraciones que Bannon pueda hacer a este o aquel medio¹⁰. La imagería nazi y las “bromitas” sobre las cámaras de gas son uno de los lugares comunes del movimiento, y el debate no gira precisamente sobre la cuestión de lo que debe o no debe decirse, sino más bien sobre lo que más puede irritar a sus oponentes.

En lo que se refiere al islam –como un todo, no solo en sus formas más radicales–, este es visto como una amenaza para la propia existencia de la civilización occidental. Algunos de los estadounidenses menos cultivados creen que Europa ya ha sido invadida por las hordas de Oriente, por mucho que los musulmanes constituyan solo el seis por ciento de la población del Viejo Continente*¹¹.

Unida a su oposición al islam está el rotundo rechazo a la inmigración y su creencia de que, a pesar de siglos de historia americana que demuestran lo contrario, la posibilidad de la asimilación cultural gradual es solo una quimera. Ante toda esta serie de planteamientos no resulta difícil entender cómo la candidatura y posterior presidencia de Donald Trump despertaron entre los devotos de la *alt-right* los vítores y el desmayo extasiado.

* * *

Siendo así las cosas, ¿qué tipo de gente conforma la derecha alternativa? Debemos admitirlo de nuevo, la naturaleza del movimiento y su esencia internauta hacen muy difícil señalar cuáles son las características que definen a los individuos asociados a ella. Con seguridad podemos decir que muchos son hombres y que la mayoría son blancos, pero hay notables excepciones. La opinión generalizada, creada en parte por simpatizantes de la propia *alt-right*, da por sentado que se trata de un movimiento juvenil, y aunque puede haber algo de verdad en esta afirmación, probablemente no

* Este porcentaje supone un aumento respecto al cuatro por ciento de 1990, y llegará a un ocho en 2020.

lo sea tanto como ellos creen*¹². Yo he conocido un buen número de adeptos de mediana edad, tanto profesionales consolidados como personas totalmente alejadas del mundo laboral a las que les une su resentimiento contra lo que consideran el establishment.

Los seguidores de la derecha alternativa se reparten a lo largo y ancho de Estados Unidos y cuentan con sucursales significativas en otros países de habla inglesa, especialmente Gran Bretaña, Canadá y Australia, además de simpatizantes por toda Europa. A pesar de sus planteamientos antiinmigración, no son pocos los inmigrantes o hijos de inmigrantes. Todo hace pensar que un buen número lo constituyen universitarios o recién egresados que manifiestan un odio especial contra la corrección política. No está muy claro si entre ellos domina o escasea uno u otro origen socioeconómico¹³.

Es esencial para la idea que la *alt-right* tiene de sí misma presumir de que su corriente tiene un toque esencialmente contracultural: sus activistas se han comparado con el punk-rock o los hippies de los sesenta. Esta comparación no se basa en compartir una serie de valores políticos, sino en la defensa que la derecha alternativa hace del estatus del outsider. Como los hippies o los punks, ellos se enfrentan a lo que consideran una élite opresora. La diferencia es que el establishment, esta élite a la que se oponen, se nutre del ámbito académico, luego del *swamp*, el conocido como «pantano» de Washington, y, por último, de izquierdistas con influencia en los medios, y no del mundo de las corporaciones empresariales y los políticos del libre mercado, objeto de repulsa de la contracultura «tradicional». En palabras de uno de ellos, su movimiento «es básicamente punk-rock político: ruidoso, abrasivo, hostil, blanco, una vuelta a los orígenes, y también divertido»¹⁴.

Pero el argumento de que la derecha alternativa es un modo de contracultura nace casi en su totalidad únicamente del movimiento mismo y, en cuanto se lo examina con atención, no son sino pala-

* Como sucede con muchos otros movimientos políticos, a la extrema derecha le gusta pensar que representa los anhelos de amplias franjas de la población juvenil, y la demografía se encargará del resto. Todo parece indicar, por el contrario, que la juventud americana tiende hoy día cada vez más hacia un liberalismo moderado.

bras huecas. Los medios de comunicación no han prestado demasiada atención a este autobombo de la *alt-right* como unos nuevos hippies —el carácter anónimo de la mayor parte de los seguidores constituye un obstáculo clave para someter a escrutinio sus planteamientos—. En la práctica, la *alt-right* constituye un espacio cultural bastante estéril: sin duda nos encontramos con un montón de imágenes pasadas por Photoshop (memes), tuits, vídeos propagandísticos y chascarrillos, pero con muy pocas grabaciones, canciones, grupos o cualquier otro tipo de producto cultural que tanto abunda en las genuinas comunidades contraculturales. Se trata de un movimiento que carece de «poder blando» y que, inmediatamente después de que su adalid fuera elegido presidente, no tardó mucho en evidenciar sus dificultades para defender sus supuestas pretensiones antisistema.

Hay más aspectos que resultan cruciales para entender este fenómeno. Como criatura que ha nacido y crecido en internet, hace gala de la provocación y de las travesuras en la red no solo como una cuestión secundaria o como una diversión ligera, sino como instrumentos clave de acción política. Esas «travesuras» adoptan una variedad de formas, desde simples memes a campañas de tuits injuriosos o producto de la desinformación a menudo sin demasiada coordinación, pero siempre dirigidas a desgastar el prestigio de progresistas o de conservadores moderados. Sus activistas llegaron a exagerar su propia contribución a la victoria de Trump y anunciaron a bombo y platillo en un chat en 4chan —un foro sin ningún tipo aparente de restricciones, confuso para los que no están familiarizados con él, y que jugó un rol crucial en el desarrollo del movimiento— y en los medios sociales el estallido de la «Gran Guerra Memética», la cual esperaban que fuera solo la primera fase de una oleada mediática populista que se extendería por Occidente¹⁵.

No podemos negar que la derecha alternativa cuenta con algunas seudoinstituciones, como es el caso del National Policy Institute, dirigido por Spencer, y con algunos medios de comunicación, en particular Breitbart, la sección /pol/ de 4chan, numerosas cuentas en Twitter, grupos de discusión en Reddit y cuentas en YouTube, junto a páginas nicho y tableros de mensajes que difunden noticias tendenciosas o que tratan temas como los derechos del

varón*. Aunque cada uno de ellos desempeña un papel en el movimiento, la creación de instituciones no ha sido el interés principal de la mayoría de los implicados en este proyecto, una estrategia que, tal y como veremos, puede revelarse como una fuerza y también como una debilidad.

Si ya cuesta trabajo decir quiénes se hallan implicados en la *alt-right*, más difícil aún es identificar aquello que defienden. Y es que, si nos alejamos uno o dos pasos de ese núcleo de tesis mencionadas anteriormente, fácilmente descubriremos que incluso los que se definen a sí mismos con más entusiasmo como partidarios de la derecha alternativa tienen ideas muy diferentes. Pensemos en la cuestión del nacionalismo blanco. Algunos de sus representantes más significativos se encuentran muy alejados de dicho planteamiento¹⁶, otros no necesariamente lo dejan de lado y otros se sienten muy orgullosos de él. Uno de sus miembros más conocidos y también más radicales hablaba de sus metas en la vida con estas palabras: «Quiero reestablecer la supremacía global blanca... , los negros tienen la supremacía en Lagos, los asiáticos en Shanghai, pero hay un complot global que amenaza a los blancos con dejarlos sin patria y así exterminarlos de la faz de la tierra»**¹⁷.

* Al foro de Reddit (*subreddit*) r/The_Donald se le reconoce de manera generalizada por ser el mayor foro de mensajes del sitio, aunque existen unos doscientos *subreddits* colocados en los sitios preferentes. En el momento de escribir este libro contaba con más de 400.000 suscriptores. Los más populares entre los *subreddits* tienen millones, según la website Reddit Metrics: <http://redditmetrics.com/top/offset/100>.

** Por encima de cualquier otra tesis defendida por la derecha alternativa, la insistencia en el nacionalismo/supremacismo blanco es la que más sorprende a los principales medios de comunicación, cada uno de los cuales ha ofrecido una descripción distinta del fenómeno. Por ejemplo, Associated Press dice: «Cuando se hable de *alt-right* en un reportaje o noticia, asegúrense de incluir esta definición: “rama del conservadurismo que combina el racismo, el nacionalismo blanco y el populismo” o, más sencillamente, “movimiento nacionalista blanco» (John Daniszewski, «Writing about the ‘alt-right’», The Definitive Source blog, 28 noviembre 2016, <https://blog.ap.org/behind-the-news/writing-about-the-alt-right>). Pero, por otro lado, *The Guardian* advirtió contra el uso de «nacionalismo blanco» por su efecto “lenitivo”: «Hay que evitar definir la *alt-right* simplemente como un grupo nacionalista blanco no porque no lo sea, sino porque: (a) este grupo no es solo eso: también se le puede tildar sin reservas de antiglobalización, antiestablishment, antisemita, racista, misógino, etc., y (b) no todos los que forman parte

Su imprecisión política es evidente aquí y allá, incluso cuando afrontan temas que tienen que ver por derecho propio con las obsesiones del grupo: sexualidad y relaciones entre sexos. Los hay que son furibondamente antijudíos, otros –parafraseando un titular de Breitbart sobre Stephen Bannon– presumen de tener amigos entre los hebreos. Los hay que llaman a los gays “degenerados”; otros son homosexuales sin más, y a muchos les importa un bledo la orientación de sus compañeros. Como hemos advertido, sus opiniones sobre el feminismo, y en particular sobre la mujer, varían enormemente. De hecho, hay bastantes mujeres jóvenes que, sin duda, han alcanzado la categoría de líderes incuestionables dentro del movimiento, mientras algunos de sus seguidores, varones, mantienen teorías sobre el papel de la mujer en la sociedad que resultan más o menos indistinguibles de las que defienden esos integristas musulmanes a los que tanto odian.

Las cuestiones económicas son secundarias, y entre los seguidores de la derecha alternativa podemos encontrar desde admiradores del modelo ruso a liberales partidarios de la tecnoutopía.

Y por si todo lo anterior no fuera ya demasiado confuso, cualquier cosa que pudiera aproximarse a una ideología coherente se presenta condimentada con una pátina de ironía y montones de términos pertenecientes a una jerga eufórica que sus adeptos usan para comunicarse entre ellos y para repartir insultos entre sus oponentes. Palabras como *cuck*, cornudo, «degenerado» y «postureo ético» sirven al mismo tiempo como *señales* –entendida la palabra al mejor estilo internet– para el rebaño esnob y friki, pero también como recursos sutiles y a menudo exitosos para infectar con sus ideas la conciencia colectiva.

Lo que su afición por la ironía, los chistes y las bromas, por jugar con los límites de lo correcto y retorcer el lenguaje pretende es, en el fondo, que resulte muy difícil que queden al descubierto

del movimiento lo hacen por esas razones: algunos se unirían a él sencillamente porque quieren proteger la industria, el empleo en los Estados Unidos; otros ya están hartos de que la élite política, mediática y empresarial maneje los hilos; nunca se considerarían supremacistas blancos, racistas, etc.» («Alt- right: Why the Guardian decided not to ban use of the term», *Guardian*, 30 noviembre 2016, www.theguardian.com/world/mind-your-language/2016/nov/30/alt-right-why-the-guardian-decided-not-to-ban-use-of-the-term.)

las ideas tan radicales que se esconden en –por ejemplo– los sujetos anónimos que insultan en 4chan a gays o a miembros de una raza «enemiga»; de este modo, pueden alegar que gritar «negrata, negro de mierda» y «maricón» pueden ser únicamente una manera de divertirse o de provocar, algo sin la menor importancia¹⁸.

El uso del lenguaje es crucial para entender el movimiento. Su estilo, tal y como se manifiesta online, reproduce el de sus enemigos declarados, los SJW, en español «guerreros de la justicia social», partidarios de las políticas igualitarias del progresismo liberal. Mediante bromas y falsedades reivindicando para el hombre blanco el rol de víctimas, volviendo del revés argumentos de la izquierda radical y acusando continuamente a sus enemigos de inconsistencia. En el capítulo quinto de este libro citaré algunos de los términos más usados por la *alt-right* y rastrearé cuál es su origen, que va desde las teorías conspiratorias de extrema derecha a la seudogenética, pasando por la filosofía, la pornografía, la cultura pop y las diferentes subculturas que circulan por internet.

Para comenzar, sería de utilidad dividir a la derecha alternativa en dos grandes grupos: los conocidos como *alt-light*, una derecha alternativa «suave», y otro sector más «duro». Los primeros pueden perfectamente estar en desacuerdo con algunas ideas generales del movimiento, quizá rechacen el antisemitismo y, aunque a regañadientes, también quizás admitan que el feminismo pudo en su tiempo haber tenido sentido, con lo que parecen relativizar la importancia en el grupo de sus compañeros más radicales. Algunas de las figuras más populares de la derecha alternativa provienen precisamente de las filas de la *alt-light*: son su «cara amable». Por el contrario, el núcleo duro engloba a gentes entregadas al etnonacionalismo e incluye a blogueros y activistas que afirman luchar por la paz (exactamente igual que sostienen los auténticos neonazis, nada ambiguos y con frecuencia violentos).

Esta división que hemos trazado no deja de ser aproximada y nunca me atrevería a desglosar el porcentaje de sus respectivos miembros, si bien algunos dentro de sus propias filas han intentado hacerlo basándose en las escasas evidencias de las que disponen y, por lo general, con la esperanza de minimizar y disimular el dominio que entre los seguidores de la derecha alternativa ejercen las tesis del supremacismo blanco.

La composición de ambos grupos es inestable y en su interior abundan los desacuerdos, pero el mero hecho de identificarlos nos proporciona un marco muy útil con el que comenzar nuestro trabajo. La *alt-light* resta importancia a la influencia de los más extremistas; a su vez, estos últimos se valen de la otra tendencia, relativamente más atractiva y «moderada», para atraer sin estridencias a nuevos adeptos. Los más radicales cuentan además con una sección —pequeña pero significativa— lista para usar eventualmente la violencia con el fin de conseguir sus objetivos. Volveré a referirme a estas distintas secciones del movimiento en varios lugares a lo largo del libro.

* * *

El vídeo que muestra el puñetazo a Richard Spencer el día de la investidura se convirtió al instante en arte. Le pusieron música hip-hop y canciones de Bruce Springsteen, o lo mezclaron con fragmentos de *Bee Movie* y *En busca del arca perdida*¹⁹. También de inmediato se desencadenó un debate sobre el significado de la violencia en una época caracterizada por la radicalización. Artículos cuyos titulares no se diferenciaban mucho de «¿Está bien darle un puñetazo a un nazi?» aparecieron en el *New York Times*, *Vice*, *The Nation*, *Haaretz* y todo tipo de medios²⁰.

Rápidamente se desarrolló un videojuego inspirado en el incidente. Los jugadores podían usar un ordenador conectado a un smartphone para simular que golpeaban a Spencer, para luego seguir con otras pantallas que culminaban en una pelea con el propio Adolf Hitler²¹. Dentro del juego, los enemigos de la extrema derecha no tenían la posibilidad de defenderse; por el contrario, la red sí se llenó de protestas y contraataques por parte de seguidores de estas «víctimas». Un sitio web muy afín a la *alt-right* publicó un reportaje con el título de «¿Está bien darle un puñetazo a un reportero del *New York Times*?»²². Y una página de *crowdfunding* dirigida por Chuck Johnson, otro eminente personaje dentro de la derecha alternativa, recaudó más de cinco mil dólares que servirían de recompensa para aquel que consiguiera identificar a quien había atacado a Spencer²³.

Para los seguidores del movimiento, aquella agresión no era más que un ejemplo de cómo periodistas supuestamente “progres” y “co-

rectos” acaban dejando ver su hipocresía y demuestran su debilidad moral, pues parecían justificar o al menos comprender la violencia en las calles. Al mismo tiempo –seguían denunciando– estaba claro que los medios tradicionales de comunicación no sabían entenderlos, captar la esencia de este movimiento presuntamente joven, fresco y ostensiblemente provocador: estrictamente hablando, Spencer hacía lo correcto al trazar una línea (al menos lo estaba intentando justo antes de recibir el puñetazo en la cara) entre él y los neonazis. En propiedad, los nazis quieren asesinar y esclavizar a las razas que consideran inferiores; por su parte, los etnonacionalistas, como es el caso de Spencer, creen que los entes políticos, cualesquiera, deberían dividirse según criterios raciales y étnicos. Spencer y los de su cuerda no llegan tan lejos como los herederos de Hitler, pues «solo» abogan por la separación en naciones exclusivas basadas en la agrupación tribal, incluyendo en tal reparto zonas enteras del planeta que estarían reservadas a los blancos*.

Para muchos, lo sucedido aquel día puede parecer una simple nimiedad, pero este es precisamente un movimiento que se alimenta de nimiedades, hábil a la hora de aprovecharse de los más insignificantes detalles y anécdotas para lograr publicidad. De hecho, un espectador casual puede fácilmente asociar mentalmente al nazismo el modo en que Spencer llamó por primera vez la atención del público. Veamos.

Menos de una semana después de la elección del nuevo presidente del país, Richard Spencer presidía la conferencia anual de su más bien insulso National Policy Institute. Por lo que sabemos, todo parece indicar que, previamente al éxito de Trump, Spencer confesaba no tener demasiada fe en su victoria. La web del NPI hacía escasa referencia a la posibilidad de una victoria por parte del candidato republicano; en vez de ello, se limitaba a conceder que

* Los miembros de la *alt-right* tienen razón desde un punto de vista estrictamente técnico cuando sostienen que la cantidad de activistas de extrema derecha que pertenecen hoy día a grupos de larga tradición en Estados Unidos –el Ku Kux Klan, por ejemplo– es ridícula y su influencia es mínima. Pero no es menos cierto que en los últimos tiempos puede constatarse una explosión de otros grupos de extrema derecha. *Vid.* Mark Potok, «The ‘Patriot’ movement explodes», Intelligence Report, Southern Poverty Law Center, 1 marzo 2012, www.splcenter.org/fighting-hate/intelligence-report/2012/patriot-movement-explodes.

el congreso tenía lugar «en un momento en que se está uniendo a nuestro movimiento más gente que nunca y nuestras tesis comienzan a penetrar en el pensamiento dominante»²⁴.

Pero tras la victoria de Donald Trump el ambiente en la conferencia fue decididamente más entusiasta. Después de leer su discurso de apertura, gritó «¡Hail Trump, hail nuestro pueblo, hail victorial!». Algunos delegados respondieron alzando su mano derecha al aire²⁵. Las imágenes de lo sucedido atrajeron la atención del mundo entero. Spencer dijo a un periodista que este gesto debía «entenderse claramente en un sentido irónico y en una atmósfera de euforia», y luego habló del gesto como un «saludo romano», no como nazi²⁶.

En cualquier caso, Spencer tenía lo que buscaba y calificó el evento como un éxito publicitario²⁷: crear controversia, provocar, molestar —en la jerga del movimiento, *triggering* (*vid.* capítulo 5) mediante el troleo— a la gente es lo que importa.

* * *

Los apasionantes días que mediaron entre la victoria de Trump y su investidura marcaron el punto culminante de la popularidad y la cohesión de una *alt-right* que poco después comenzaría a fracturarse y desmoronarse. Aun así, las ideas de la derecha alternativa dejaron huella en la política norteamericana y a su éxito le ha seguido el del populismo de ultraderecha y el del nativismo en todo el mundo. Esta corriente de pensamiento venía para quedarse, y a cualquiera que se interese por el extremismo reaccionario le vendría bien estudiar los métodos de este movimiento y estar atento a lo que aún está por llegar.

Personalmente, comencé a saber de él mientras informaba para BBC Trending, una sección dentro de la British Broadcasting Corporation dedicada al mundo de la comunicación en las redes sociales. En cierto sentido puedo decir que yo no llegué a la *alt-right*, sino que ella vino a mí con sus encendidas soflamas contra los “medios del establishment” y sus teorías sobre unos medios de comunicación dominantes a nivel mundial, políticamente correctos y de orientación progresista. Antes de trabajar para Trending, había realizado una serie de documentales para la radio sobre los extremis-

mos, la sociedad y la tecnología en los Estados Unidos y sobre los movimientos identitarios norteamericanos. Pero ninguno de los miembros de la *alt-right* que lanzaban insultos contra mí y mis colegas podría haber sospechado todo lo que yo sabía sobre el tipo de entornos socioeconómicos en los que estas corrientes y sus seguidores se habían desarrollado. Crecí en un suburbio de una ciudad postindustrial, y desde joven me fascinaron los ordenadores y el poder tan libre, tan sináptico de internet. Fui a la universidad en el Medio Oeste, donde, entre otras cosas, estudié la contracultura y los grupos marginales.

Mientras sus voces se hacían oír cada vez más a medida que avanzaba la campaña de Trump, había algo que me fastidiaba: si era cierto que la derecha alternativa estaba compuesta en su mayoría por hombres blancos de la América profunda, un mundo del que yo venía y cuya idiosincrasia instantáneamente reconocí, ¿qué estaba provocando que algunos de ellos derivaran hacia un movimiento drásticamente reaccionario, a veces totalmente incomprensible?

En los capítulos que siguen expondré una serie de opiniones y tesis basadas en fuentes originales y entrevistas; también en la mastodóntica, confusa y enloquecedora producción online de los propios miembros de esta tribu, así como en las informaciones obtenidas por mí y mis colegas.

Para comenzar, esbozaré y examinaré las principales líneas de pensamiento que conforman el movimiento. El primer capítulo presenta al pequeño grupo de intelectuales que dieron nombre y forma a la derecha alternativa. El segundo se centra en las tesis racistas que subyacen a sus actos y tesis. En el capítulo tercero analizaré con más profundidad los lugares de encuentro online –tierra natal del grupo–; en particular la sección /pol/ de 4chan.org. El cuarto se centra en las corrientes antifeministas y los «artistas del ligue» y la influencia catalizadora que ejercieron durante ese montaje teatral conocido como «Gamergate».

El capítulo quinto proporciona un amplio elenco de los términos más usados por los activistas y una descripción de su estilo retórico. El sexto demuestra cómo sus ideas principales se difunden a través de un escaso número de medios online muy escogidos.

En el capítulo séptimo analizo la influencia de la propaganda neonazi en esta corriente y las nada fáciles relaciones entre los

sectores extremistas y ultraextremistas de la misma. En el octavo sabremos un poco más sobre la gente normal y corriente que simpatiza con la derecha alternativa, e intentaremos hacer saltar por los aires el mito de que se compone en su mayoría de “chicos guays” con inquietudes contraculturales. Los capítulos noveno y décimo centran su atención en los sectores más marginales y aquellos que están preparados para emprender acciones directas e incluso violentas –incluimos aquí a los conspiracionistas, los asesinos violentos y los terroristas.

El capítulo undécimo reúne todos los diferentes y también dispares temas y personas tratados en los capítulos anteriores bajo la bandera que les aglutinó: la campaña de Donald Trump y la lucha contra la candidata Hillary Clinton. Por fin, en el capítulo decimosegundo explicaré por qué el movimiento comenzó a deshacerse incluso antes de que Trump llegara a su despacho y cuál es el futuro que le espera.

Mediante un examen cuidadoso de la presencia de la *alt-right* en las redes –incluyendo la a veces difícil tarea de «digerir» lo que sus líderes dicen– y su influencia en ciertos acontecimientos reales, me propongo llenar el vacío existente que permita entender el movimiento y cuáles son sus orígenes, además de ofrecer pruebas irrefutables de cuáles son los auténticos puntos de vista que se esconden tras él.

Tal y como veremos, existen ciertos hechos clamorosamente evidentes, teorías conspiratorias creadas para justificar actitudes y conductas concretas, éxitos propagandísticos y otros signos alarmantes que nos hablan del peligro que la derecha alternativa supone. Por otra parte, existen también profundas fracturas y contradicciones en su interior que la victoria de Trump, lejos de esconder, ha puesto sobre la mesa.

La *alt-right* consiguió una gran cantidad de atención mediática tras el puñetazo a Spencer y el ascenso oficial de Trump a la presidencia, con una oleada tras otra de renovado interés a partir de los violentos episodios de Charlottesville y otros lugares más. Pero lo que hasta ahora los medios no han podido contar es una versión definitiva de quiénes son –sus líderes y sus soldados de a pie–, de cuáles son sus motivaciones y qué principios rigen sus creencias, de sus antecedentes intelectuales y de la desnuda verdad sobre el riesgo

que plantean a los políticos y a la sociedad actual, en Estados Unidos, Europa y el resto del mundo.

El presente libro es un intento de definir, desmitificar y también disminuir el poder de la derecha alternativa, de averiguar de dónde viene y aventurar su posible futuro.

Los intelectuales

En noviembre de 2008, un profesor de nombre Paul Gottfried se dirigía en pie a la escasa docena de personas que asistían a la primera reunión del recientemente creado H.L. Mencken Club. Se trataba de un acontecimiento que por aquel entonces tuvo una pobre repercusión en el público en general. No atrajo el interés de la prensa ni tampoco del ámbito académico. De hecho, antes de que un periodista le llamara por teléfono en 2016, el propio Gottfried dijo que se había olvidado de que había sido él, con su intervención hacía ocho años, quien había inspirado el nombre de un incipiente movimiento político¹.

El club de Gottfried tomó su nombre de uno de los más famosos periodistas americanos del siglo veinte y se inspiró en el constante cuestionamiento que Mencken hacía de «el credo igualitarista, las cruzadas demócratas y el estado del bienestar con el que la democracia estadounidense se había identificado durante sus largos años de vida»².

No eran buenos tiempos para la derecha en América. Menos de un mes antes Barack Obama había sido elegido presidente, y los demócratas habían reforzado su control en el Congreso. El mandato de George W. Bush estaba a punto de concluir en medio del desastre económico y con un bajo nivel de aprobación³.

Gottfried –calvo, fofo y con gafas– tenía el aspecto de haber sido elegido en un casting para representar el papel de lo que en ver-

dad era, un profesor de filosofía en una pequeña universidad de Pennsylvania. Se describía a sí mismo como un «paleoconservador», un término que, según alguna que otra fuente, también él había inventado⁴.

El paleoconservadurismo, una especie de «neoconservadurismo» pero llevado a la Edad de Piedra, es una corriente de pensamiento que ha contado con su cuadrilla de seguidores en la derecha americana durante años. Los «paleos» detestan la inmigración y el multiculturalismo. Frente a los neoconservadores, se muestran escépticos con el libre mercado y las intervenciones militares en el extranjero. Siempre han mirado al pasado y se han mostrado rigurosamente tradicionalistas a la hora de hablar de género, etnicidad, raza y orden social⁵. Se trata de un movimiento que, aun conteniendo las semillas ideológicas de la *alt-right*, había estado destinado durante décadas a la marginalidad política. Antes de Trump, el político paleoconservador que contaba con un perfil más alto era Pat Buchanan, quien en las presidenciales del año 2000 había logrado un pobre 0,4% del voto popular*.

A pesar de su carácter reducido y discreto, el primer encuentro de la Mencken Society en un hotel de Baltimore ya contenía algunos rasgos clave de lo que acabaría por convertirse en el “comité de sabios” de la derecha alternativa. Peter Brimelow, un periodista británico crítico con el multiculturalismo y la inmigración, asistió al acto e intervino en él, al igual que lo hizo Jared Taylor, editor del magacín de extrema derecha *American Renaissance*⁶.

Allí, frente a su público, Gottfried anunció:

* Es bien sabido que Buchanan recibió una inesperada cantidad elevada de votos en el condado de Palm Beach, Florida, donde se usó la tristemente famosa *butterfly ballot*, traducido literalmente «papeleta mariposa»: papeleta electoral que por su diseño puede confundir al votante, haciendo que no se dé cuenta de que está votando a otro. El nombre de Buchanan estaba situado junto al del demócrata Al Gore. El propio Buchanan admitió que era probable que muchos de los votantes de Gore acabaran equivocadamente votando por él, algo que posiblemente le costara al segundo la presidencia. Vid. «Pat Buchanan on NBC's Today», *The American Presidency Project*, www.presidency.ucsb.edu/showflorida2000.php?fileid=buchanan11-09, y John Nichols, *Jews for Buchanan: Did You Hear the One About the Theft of the American Presidency?*, The New Press, 2001.

Formamos parte de un intento de reunir un grupo de intelectuales independientes de derecha, que sea capaz de existir sin un patrocinio ni control institucional y con el que nuestros adversarios no desearán tenérselas que ver. Nuestro grupo está lleno también de pensadores y activistas jóvenes, y si ha de haber en los Estados Unidos una derecha independiente, nosotros seremos su líder.

Luego se lanzó a divagar sobre temas de lo más dispares, regodeándose en asuntos como la invasión musulmana de la península ibérica, los últimos decenios del pensamiento conservador americano, la derrota de la Feliz Armada por Isabel de Inglaterra y Flannery O'Connor⁷.

Aunque nada de lo que dijo fuera digno de un titular de prensa, Gottfried sí se las arregló para identificar las líneas maestras y las principales preocupaciones de lo que posteriormente se conocería como la *alt-right*. Supo lanzar un guiño a las webs Takimag y el VDARE.com de Peter Brimelow, medios de donde llegaría la mayor parte del combustible intelectual del movimiento en los años previos a que este se hiciera por fin con algo parecido a un lugar en la opinión pública. Puso especial interés en remarcar la esencia *outsider* de aquel minúsculo *think-tank* y dejó bien claro que republicanos y conservadores eran su enemigo número uno. Ambos.

«Una pregunta que se nos ha planteado a mí y a algunos más en esta sala es por qué no intentamos unirnos al movimiento conservador oficial», dijo. «Los conservadores controlan cientos de millones de dólares, cantidades de diarios y revistas, canales de televisión, innumerables fundaciones y cuentan con una buena banda de rubias, naturales o de bote, en Fox News.»

Concluía diciendo que el establishment —o como Gottfried lo llamó, el «lado oscuro»— no querría nada con ellos. Y continuó sarcásticamente:

Ellos nos han tratado, a diferencia de como lo han hecho con gente tan honorable como los nacionalistas negros, las feministas radicales y los defensores de las fronteras abiertas, como personas no aptas para participar en la discusión política. No nos ven como unos opositores honrados, sino que nos retratan como infieles infrahumanos o nos ignoran del mismo modo que a ese tío nuestro

viejo y senil que de vez en cuando aparece como un fantasma por el cuarto de estar⁸.

Aunque no quiso entrar demasiado en detalles ni tampoco dar nombres, sí aprovechó su discurso para dejar entrever su obsesión por los estudios científicos sobre las diferencias raciales y por todo tipo de sospechosas teorías alusivas a la relación entre el coeficiente de inteligencia y cada grupo étnico, denunciando lo que describió como censura contra cualquiera de ellos, contra cualquier idea situada fuera de lo que veía como una especie de consenso entre neoconservadores e izquierdistas moderados. «Este poderoso veto se ha extendido incluso hasta las más brillantes figuras intelectuales de las ciencias sociales y la estadística, a quienes ven como excesivamente amigos de las malas compañías», dijo. Y en solo unas pocas palabras supo resumir la tozuda arrogancia que se convertiría en signo distintivo de la derecha alternativa: «Estamos convencidos de que nuestras tesis históricas y culturales son correctas, y de que aquellos que nos marginan están equivocados».

Gottfried realmente nunca le puso nombre a ese movimiento que vislumbraba. Una década después, aunque continuara simpatizando con algunas de las figuras de primera fila dentro del mismo, se arrepentiría incluso de haber estado vinculado a él⁹. Pero el título de su disertación fue sin duda muy efectista y caló en el público, además de contener un término que acabaría resultando pegadizo: «La decadencia y el auge de la *alt-right*».

* * *

Durante los años de la presidencia de Obama, el Mencken Club continuó con su particular cruzada, manteniendo sus convenciones anuales y predicando a bombo y platillo las bondades de una «derecha independiente». Pero lo cierto es que un grupo de gente reuniéndose en los hoteles de Baltimore con viejos profesores un tanto gagás dictando su conferencia desde un atril, nunca iba a tener posibilidades de convertirse en un movimiento de masas, sobre todo en la era de internet. Hubo otro tipo de personajes que hicieron suya la causa lanzando la idea de lo que inicialmente llamaron «derecha alternativa». Entre ellos destacó pronto Richard Spencer, pro-

tegido de Gottfried. El currículum de Spencer incluía una carísima escuela secundaria en Texas y una cuidada carrera académica –Yale, Chicago, Virginia–. Abandonó su doctorado en Duke para instalarse en la pequeña ciudad de Whitefish, Montana¹⁰. En 2010 fundó el sitio web *AlternativeRight.com*. Este fue el primer paso de cara a una definición más concreta de la *alt-right* y el desarrollo de una estrategia básica de comunicación en las redes.

Spencer y Gottfried disenterían ligeramente más adelante a la hora de responder a quién debía atribuirse la paternidad de la etiqueta «*alt-right*»: el primero defendía su autoría exclusiva, y el segundo afirmaba que aquello había sido más bien cosa de ambos¹¹. En cualquier caso, Gottfried se convirtió en editor de la nueva web, y Spencer hizo suyas las palabras del profesor, afirmando que el inicio de esta empresa suponía «un intento de forjar una nueva extrema derecha intelectual independiente y al margen del establishment “conservador”»¹².

AlternativeRight.com fue el primero de los «productos» *alt-right* online de Spencer y, al igual que había sucedido con el *Mencken Club*, no tuvo en sus comienzos un gran éxito, pues acabaría cerrando en 2013, pero esos primeros pasos nos sirven para identificar el estilo argumentativo del movimiento: un pequeño grupo de personas con mentalidad académica reunidos en su escondite, lanzando “palabras” al éter y viendo en quién podían calar, si es que lo hacían en alguien.

Spencer optó por un estilo bloguero e informal, usando posts breves que comentaban noticias de prensa o televisión y –algo que posteriormente pasaría a ser un sello distintivo de la derecha alternativa– que abarcaban temas situados fuera de lo estrictamente político. Al mismo tiempo, la visión del mundo del *AlternativeRight.com* se basaba en parámetros étnicos y raciales, con contenidos que hablaban de hasta qué punto las mujeres blancas y rubias eran por naturaleza más atractivas que las negras, de la relevancia de los crímenes violentos contra los gays en las comunidades de mayoría afroamericana, etc.¹³

Pero el objetivo de Spencer siempre fue interesar a una audiencia más amplia, incluido este tipo de personas a las que nadie imagina presentes en una reunión del *Mencken Club*. Así los posts trataban también sobre la bolsa, las ferias estatales y el rapero MC Hammer¹⁴. Uno de ellos comenzaba citando una información

sobre ciertos cambios en las reglas del Scrabble que, tal y como señalaba Spencer, permitirían, entre otras cosas, los nombres propios afroamericanos: «Mattel no ha considerado adecuadamente hasta qué punto puede llegar la creatividad de los americanos a la hora de poner nombres a sus hijos. Está claro que el repertorio parece ilimitado y muy variado. Seguro que debe haber tres o cuatro modos de deletrear “Shaniqua”. Ahora bien, no creo que muchas Chaniquas* jueguen al Scrabble»¹⁵.

Sobre una grabación en la que una mujer con su bebé jugando en su regazo lanzaba improperios racistas a otros pasajeros en un tranvía de Londres, «¡Aquí no hay nada más que un montón de negros y un montón de putos policías!», se quejaba, Spencer opinaría:

Su lenguaje es duro, pero sus sentimientos son reales. ¿Quién puede demostrar que aún queda algo del Londres donde nació? Seguro que el multiétnico pasaje que viajaba en el tranvía no; son gentes que, repitiendo como loros lo que dicen en televisión, solo responden que ellos están ahí haciendo el trabajo que los británicos no quieren hacer. Esta mujer, según parece, fue arrestada por «ofensa pública con el agravante de racismo». Si alguien tiene alguna duda de la auténtica naturaleza autoritaria de la *Cool Britannia*, que lo sucedido a la heroica señora del tranvía le sirva como ejemplo¹⁶.

La etiqueta “heroica señora del tranvía” realmente nunca llegó a hacerse popular, pero el post supuso uno de los primeros ejemplos del estilo de héroes prototípicos de la *alt-right*, donde los activistas elevan al rango de paladines dignos de aclamación a personas normales o anónimas que llevan a cabo actos políticamente incorrectos, ilegales e incluso violentos.

Un objetivo central tanto de los escritos de Spencer como del brazo intelectual de la *alt-right* es la idea de la HBD: «biodiversidad humana». En *AlternativeRight.com* puede encontrarse toda una amplia colección de posts publicados con ese rótulo. La HBD defiende que, a consecuencia de que diferentes pueblos presentan distintos rasgos y algunos de estos rasgos están vinculados a la ge-

* *Chaniqua* es un nombre propio con el que se hace referencia a cualquier mujer afroamericana de los barrios marginales. [N. del T.]

nética, los genes –que a menudo se manifiestan diferenciando a los individuos en grupos raciales y étnicos muy amplios– tienen un carácter determinante en ciertas características psicológicas y conductuales. Por decirlo de un modo simple y claro: los blancos tienen un CI más alto que el de los negros, al tiempo que los asiáticos orientales y los judíos europeos tienen un CI mayor que el de los blancos. Una facción de seguidores del movimiento –llamémosles los “intelectuales utópicos”– lleva las cosas un poco más lejos y sostiene que el mundo debería ordenarse y dividirse siguiendo criterios étnicos y religiosos; según Spencer y sus colegas, el planeta debería fragmentarse en naciones-estado de carácter étnico¹⁷. Como él es blanco, lo que más le preocupa son precisamente los estados-nación étnicos destinados a los blancos. «Nosotros hemos de tener la hegemonía», me dijo durante una entrevista. «Y eso no significa que tengamos el control del planeta, sino que hemos de crear un ámbito de influencia que sea nuestro y que además sea para siempre un lugar seguro para nuestra raza»¹⁸.

Sobre cómo conseguirlo, Spencer apostaba por una «limpieza étnica pacífica». Cuando se le presionaba más acerca de cómo llevarla a cabo, sugería pagar dinero a la gente para que se desplazara. «Creo que la reinmigración es sin lugar a duda posible», dijo, «y creo que podría realizarse de forma totalmente humanitaria y únicamente mediante incentivos económicos»¹⁹.

En un discurso de 2016, Spencer sacó a relucir todo un aparato retórico que con frecuencia despliegan con éxito los teóricos de la derecha alternativa: pintar las ideas reaccionarias hoy como si tuvieran sus raíces en un progresismo de antigua raigambre, si bien desafortunadamente olvidado hace ya tiempo:

Deberíamos recordar que durante el último siglo la construcción de una nación en términos raciales fue una importante causa «progresista». Ahora pensamos que las conocidas como «élites liberales» siempre han estado entregadas al multiculturalismo y a la mezcla de razas, pero esto no es en absoluto así, ya que los liberales tienen una larga tradición en abrazar los postulados de la «autodeterminación» e incluso del «etnonacionalismo». En 1919, al acabar la Gran Guerra, los jefes de estado del mundo se reunieron en París para –a falta de un término mejor– «redibujar» el mundo tras la disolución de los grandes imperios derrotados. Se inventa-

ron nuevos países (Croacia, Serbia, Eslovenia), se refundaron otros anteriormente existentes (Polonia), y las etnias tuvieron su momento de gloria (Checoslovaquia). Relacionada con este proceso estuvo también la Declaración Balfour y el mandato británico para la creación de una patria judía en Palestina. Los nacionalistas de diverso signo se hicieron con el corazón y la mente de los actores políticos. Hoy día, en la imaginación popular, la expresión «limpieza étnica» se asocia con guerras civiles y asesinatos en masa (fácil de entender). Pero no tiene por qué ser necesariamente así. Lo sucedido en 1919 es un verdadero ejemplo de una redistribución étnica con éxito –dictada por decreto, deberíamos recordarlo, pero también realizada de manera totalmente pacífica²⁰.

Resulta un tanto extraño leer que el Tratado de Versalles fue un éxito, la verdad; pero, más concretamente, este post colgado en AlternativeRight.com despierta en nosotros el interrogante de si la pasión que Spencer muestra por el aspecto «pacífico» de su proyecto es igual de intensa que la que siente por su otra cara: ni más ni menos, la de «limpieza étnica».

Un largo post de 2011 sobre Anders Breivik, el asesino de masas noruego que mató a setenta y siete personas, comienza con un tono razonablemente sensato: «¿Qué tipo de ultranacionalista es capaz de asesinar a niños de su propia patria? Sin duda, uno que está realmente loco»²¹. Pero después Spencer pasa a mezclar, con su característico estilo racista, su apoyo al odio al islam de Breivik con unas dosis de teoría de la conspiración, para acabar defendiendo que el criminal merece que se le escuche.

«Lo que ha hecho Anders Breivik (si es que finalmente resulta ser obra de Anders Breivik) es racional y merece un análisis; se trata de una persona claramente influida por muchos teóricos neoconservadores, aunque también por miembros de la derecha no-alineada», escribe. «Aún no estamos seguros de si Breivik es autor de los sangrientos sucesos del viernes... Pero, sin lugar a duda, deberíamos leer con atención su manifiesto, *2083: Una declaración de independencia europea*.»

Spencer prosigue comentando por extenso y favorablemente los contenidos de otro post, en este caso de Kevin McDonald, un pensador cuyos escritos retratan a los judíos como un pueblo caracterizado por su «etnocentrismo, astucia y avaricia, intensidad

psicológica, agresividad»²² –por cierto, a McDonald se le conoce como un representante destacado del grupo de intelectuales antisemitas de extrema derecha²³.

McDonald se mostraba absolutamente perplejo ante el hecho de que el panfleto de Breivik no hablara más sobre los judíos. «Bien podría ser que este silenciamiento de la hostilidad que los judíos muestran hacia Europa y Occidente en general, y su rechazo del etnocentrismo, sea solo una cuestión de estrategia», escribió²⁴.

Aun así, continuaba diciendo (cuidado, no está de más recordar que hablamos sobre un asesino de masas): «Debe admitirse que estamos ante un pensador político de talla, con un alto grado de profundidad y algunas ideas acertadas sobre estrategia».

Spencer se mostraba entusiasmado: si se pretende entender el manifiesto de Breivik, «Kevin McDonald constituye un magnífico comienzo»²⁵.

* * *

La imagen que Spencer buscaba proyectar era básicamente un intento de romper con el nacionalismo blanco de la vieja escuela, algo que consiguió no solo gracias al estilo de sus argumentos y su propio *look* –con frecuencia se le puede ver fotografiado con su traje siempre elegante o concediendo entrevistas en restaurantes de moda–, sino también demostrando su elevada cota de ambición. Cuando hablé con él, Spencer tenía muy claro cuál era su último objetivo: «Quiero llegar a lo que quizá podríamos llamar un imperio global. Esto no significa ser como Israel; significa aspirar a algo a mucha mayor escala: una patria para todos los hombres blancos, ya seas alemán, nórdico, eslavo o inglés».

«No importa si vamos a poder conseguirlo antes de morir, quizá sea una utopía, quizá nunca dejemos de perseguir un etnoestado», dijo. «Casi consiguen enfadarme cada vez que oigo a alguien decir que todo lo que queremos es ser una pequeña nación como Estonia... Un estado-nación de esas dimensiones o un enclave étnico en otro país pronto acabaría siendo dominado por las grandes potencias.»

«Lo que pretendo crear es un dominio cultural hegemónico mucho más grande.»

Spencer tenía en su mente un bloque étnico, con una política exterior única, un marcado escepticismo hacia la intervención militar y unos criterios comunes sobre inmigración.

«Creo que necesitamos olvidar el siglo veinte», dijo, aunque previamente nos hubiera invitado a aprender de su historia. «Dejar de tomar partido en todas esas guerras, la Primera o la Segunda Guerra Mundial; estamos atrapados en el pasado. Necesitamos entender que todo aquello fue una catástrofe, que fue malo para todos. En último término fue perjudicial incluso para aquellos que salieron victoriosos. Sueño con poder tener una política exterior única, habrá solo un único territorio.»

«Sería como un gran Imperio romano. Posiblemente incluiría también a Oriente Próximo. Constantinopla es una ciudad con un simbolismo enorme. Reconquistarla sería todo un mensaje dirigido al mundo, sería declarar que hemos vuelto.»

Fue entonces cuando yo le pregunté qué harían, en caso de llegar a tal circunstancia con la gente que vive ahora allí, o sea, con los turcos.

«Hay muchos sitios donde pueden ir», me respondió. «Oriente Medio o algún sitio así. ¿A quién le importa eso?»

* * *

El proyecto de Spencer ha ido evolucionando con el tiempo. Se esfuerza con insistencia en que no se le identifique con esos típicos nacionalistas blancos que van por ahí encapuchados y que —dice— se han estancado en la pura paranoia, en la actitud apocalíptica y el pesimismo. También se muestra muy consciente de las limitaciones que las apelaciones explícitas al racismo tienen en el mundo de hoy. Después de AlternativeRight.com dirigió otra aventura en las redes, Radix Journal, con la que esperaba llegar a un sector trasversal más amplio de la sociedad.

«A veces un movimiento fracasa cuando cuentas con sitios como whiterights.com o demographicreality.org, cuando nos centramos obsesiva y violentamente en la raza», me dijo, al tiempo que añadía: «No quiero que esto suene a izquierdoso. Soy muy sincero al decir lo que creo».

«Lo que yo quería de Radix», continuó, «es que fuera una publicación que cualquiera, un apolítico, un izquierdista o un amante de la literatura pudiera también leer, que no se sintiera intimidado de golpe al abrirla y toparse con tanto racismo derechista».

«No se trata solo de que intento hacerlo todo aceptable, digerible; es que el nacionalismo blanco realmente no tiene donde ir. Todos sus argumentos ya han sido expuestos, y no sé qué nuevos datos sobre el CI necesita la gente, o si alguien necesita decir otra vez “Es bueno amar tu propia raza”. No sé cuántas veces más vamos a tener que repetirlo.»

La labor de Spencer le ha abocado a mantener una delicada relación con algunos de sus vecinos de la pequeña localidad de Whitefish, una población que no alcanza a las siete mil personas. Whitefish se encuentra al oeste de Montana, en un área de los Estados Unidos que ha sufrido una larga y compleja historia con el nacionalismo blanco. Desde la década de los ochenta, los extremistas dirigidos por el otrora líder de Aryan Nations, Richard Butler, han venido soñando con un país blanco independiente que se extendería desde el este del estado de Washington a lo largo de Idaho y del oeste de Montana* –todo sea dicho: Spencer se burlaba de este plan; me dijo que... ¡era poco ambicioso!

Quienes viven en la pequeña ciudad están muy al tanto de todas esas vicisitudes. En 2014, el ayuntamiento aprobó una resolución por la que «celebraba la dignidad, diversidad e inclusión de la que hacían gala residentes y visitantes, y condenaba todo tipo de ideologías, filosofías y movimientos que negaran la igualdad de derechos y oportunidades, y que desafiaran nuestras libertades constitucionales».

Spencer, quizá para nuestro desconcierto, se mostraba encantado. El periódico local recogía sus declaraciones, en las que hablaba de la declaración del consistorio como una «agradable sorpresa...», en contraste con el decreto de “no-odio” que algunos vecinos habían exigido a las autoridades municipales, mediante el

* Butler fundó un complejo en Idaho donde organizó encuentros anuales de nacionalistas blancos que llegaron a convertirse en las reuniones más numerosas de miembros de extrema derecha en las décadas pasadas (hasta la marcha de Charlottesville en agosto de 2017). En el año 2000 perdió la propiedad de la granja a consecuencia de una acción legal emprendida por el Southern Poverty Law Center. Murió en 2004.

cual se prohibía explícitamente a Spencer y su think-tank, el National Policy Institute, llevar a cabo en Whitefish cualquier clase de actividad»²⁶.

* * *

El nacionalismo étnico de Spencer no era la única corriente intelectual que acabaría definiendo a la derecha alternativa. De hecho, a pesar de su formación académica, de su paso por colegios y universidades de élite, y de su cuidada imagen, Spencer daba ante la opinión pública la impresión de ser un hombre sensato que iba al grano, si se comparaba con otras figuras rutilantes de la *alt-right* que redactaron el documento fundacional de una corriente política cuyos adeptos recibieron el nombre de «neoreaccionarios» —o NRx, para abreviar.

Curtis Yarvin era un emprendedor de Silicon Valley*, pero llevaba nueve años con otro proyecto entre manos. Se trataba de un blog de título Unqualified Reservations, que él mismo redactaba bajo el seudónimo de Mencius Moldbug.

La introducción al blog nos proporciona una pequeña muestra de su estilo retórico: «Tozudez e irreverencia, lenguajes de programación y sistemas operativos, epistemología obsesiva y propaganda formalista, economía austríaca y poesía contemporánea»²⁷. Los posts que el propio Yarvin publicaba eran igualmente inconexos, intelectualoides y cerriles.

«El otro día estaba trasteando en mi garaje y me dije: “Voy a inventar una nueva ideología”.» Así era como Yarvin empezaba su primer post en Unqualified Reservations, en abril de 2007. Y a continuación:

¿Cómo? En serio, ¿es que estoy loco o algo por el estilo? Vamos a ver, nadie puede crear una ideología y ya está. Las ideologías se transmiten con el paso de los años, como la receta de la lasaña. Necesitan envejecer, como el buen bourbon. No puedes comerte algo

* En la época en que la *alt-right* ya había alcanzado relevancia en los medios, durante las presidenciales de 2016, Yarvin estaba detrás de una *startup* llamada Urbit, «una red segura de servidores personales tú a tú, basada en un sistema de almacenamiento de nueva generación», www.urbit.org.

recién salido del horno; es más, mira lo que pasa si intentas hacerlo. ¿De dónde vienen todos los problemas del mundo? La ideología, eso es. ¿Qué tienen Bush y Osama? Los dos son unos chalados con ideología. ¿De verdad necesitamos más de esto?

Además, sencillamente, es imposible crear una ideología nueva. La gente lleva hablando de ideología desde que Jesús era bebé..., ¡como mínimo! ¿Cómo voy yo a mejorarlo?, ¿una persona como yo, un cualquiera, en internet, uno al que expulsaron del doctorado, que no sabe ni griego ni latín?²⁸

Los posts de Yarvin se miden por kilómetros de palabras y de ideas, confundiendo referencias históricas y –un poco como Spencer– combinando el análisis pseudoacadémico y las frases altisonantes con la cultura pop. Solo en ese primer post consigue ya reunir a una variedad de protagonistas que van desde *La princesa prometida*, a *American Idol**, la Viena de 1907, Franklin D. Roosevelt, el *New York Times* y media docena de filósofos de un pensamiento caracterizado por sus diferentes niveles de oscuridad.

El blog estaba desde un principio escrito por una persona completamente formada que probablemente atrajera instantáneamente a cierto tipo de conservador: joven, heterodoxo, erudito, más predispuesto a obtener información de las redes que de cualquier libro polvoriento o simplemente saliendo a la calle. Yarvin exhibía un tono ligeramente intimidatorio, un tanto distante y misterioso, con un mordaz deje libertario, debilidad por la falsa modestia y la reputación de ser un espécimen de Silicon Valley. A diferencia de Spencer, Yarvin prefería moverse entre ideales y generalizaciones y no entre acontecimientos concretos o noticias. Habitaba el mismo espacio que su público *target*, un nicho amplio, si bien nunca enorme. Sus posts más relevantes llegaron a conseguir un par de cientos de comentarios –números dignos, pero lejanos de ser ningún récord según los estándares online.

Por otra parte, él resultaba más divertido que otras figuras más académicas, como Gottfried o McDonald, y, conforme el movimiento fue evolucionando, Yarvin se convirtió en el «profesor» de filosofía favorito de la derecha alternativa. «Hay una idea llamada

* En nuestra cultura, *Operación Triunfo*. [N. del T.]

“justicia social” en la que cree un montón de gente», escribió en otro de sus posts:

En el momento de redactar estas líneas podría decirse que se trata de un concepto enormemente extendido. Lo que dice es que la Tierra es pequeña y cuenta con un número muy limitado de recursos, como pasa en las ciudades, en las que todos luchamos por conseguir cuanto más posible. Pero no todos podemos tener una ciudad; es más, ni siquiera una calle, así que no hay más remedio que ir a partes iguales, porque todos somos iguales y nadie es más igual que el otro²⁹.

Esta sería una versión tremendamente simplificada (alguien podría decir que también completamente errónea) de un amplio abanico de ideas que caen bajo el término genérico de «justicia social». Pero la perspectiva de unas fuerzas de igualdad tiránicas, asfixiantes, que forman una maquinaria monolítica de opresión de la disidencia, y el autorretrato de Yarvin como un valiente ejemplo de desnuda sinceridad (aunque no tan valiente como para firmar con su nombre real desde el principio), servían a un propósito muy útil: le permitían menospreciar ese progresismo que había acabado por desmandarse y de paso deshacerse de todos esos que lo defendían, unos vendepatrias sin cerebro.

Su tesis es que cada uno tiene sus capacidades, así que por mucho que hayamos sido hechos iguales no tenemos por qué permanecer siendo iguales siempre; intentar cumplir a rajatabla la ley de igualdad conduciría a la violencia, y cualquier redistribución de los recursos siempre dejaría a alguien en una posición inferior, lo que —una vez más— llevaría a la violencia. Yarvin desplegaba una y otra vez estas argucias retóricas —exagerar, simplificar, uso y abuso de la falacia del hombre de paja— contra las tesis dominantes del progresismo y el conservadurismo.

Otra de las contribuciones fundamentales de Yarvin a la consolidación teórica de la *alt-right* fue su aguda crítica a la democracia, basada en “hechos” supuestamente genéticos aderezados con una pizca de esnobismo intelectual. Un antiguo post tenía como título: «El caso contra la democracia: diez pastillas rojas». En él usaba la metáfora favorita entre los partidarios de la derecha alternativa, extraída de la película *Matrix*, en la que a Neo, interpretado por Keanu Reeves, le ofrecen elegir entre una pastilla azul y otra roja. La azul re-

presenta la ignorancia, aunque también la felicidad; la roja resulta difícil de tragar, pero deja libre a quien la toma para poder conocer la verdad. En 4chan /pol/ –lugar de reunión de los soldados de a pie del movimiento– «pastilla roja» se ha convertido en un modo de decir «la verdad», tanto es así que el foro tiene una regla (una de las pocas reglas con las que cuenta) que pide a quienes acceden al mismo que eviten conversaciones banales, para lo cual es común encontrarse con instrucciones como *Red pill me on X*, hablemos de eso en serio³⁰.

Decir de alguien que es un «pastilla roja» supone verlo como una persona lúcida, un héroe en búsqueda de la verdad; los «pastillas azules» son la masa dominada por la pereza intelectual, la de los ojos cubiertos de escamas, la que consume compulsivamente soma. El tópico de la píldora azul o roja es otra de las dicotomías que se convertiría en piedra angular del pensamiento político de la derecha alternativa. El post de las «diez pastillas rojas» de Yarvin es uno de los más clásicos ejemplos de su verborrea y pedantería. Aquí tenemos un pequeño fragmento:

¿Has considerado alguna vez la posibilidad de que la democracia sea una chorrada?

Yo crecí creyendo en la democracia. Seguro que tú también. Pasé veinte años de mi vida educado en democracia. Seguro que tú también.

Supongamos que tú fueras otro tú, un católico en la España del siglo XVI. Imagina lo difícil que sería para él dejar de creer en el catolicismo.

Él es católico. Sus padres son católicos. Le han educado en un colegio católico. Su país está gobernado por católicos. Todos sus amigos son católicos. Todos los libros que ha podido leer están escritos por católicos.

Sin duda, eres consciente de que no todo el que vive en el mundo es católico. También tienes muy claro que el anticatolicismo es la causa de toda la violencia, la muerte y la destrucción en el mundo. De hecho, fíjate en lo que hacen los protestantes al llegar al poder: clavar los genitales de los disidentes en las puertas de la ciudad, decapitar a sus esposas... ¡Son cosas de locos! Y eso por no hablar de los turcos...

Ahora supongamos que tú eres tú, pero que tienes una máquina del tiempo con la que puedes trasladarte a la España católica del XVI, a enfrentarte con tu *alter ego*.

¿Cómo convences a este otro tú, a ese tío o a esa tía, de que la respuesta a todos los problemas del mundo no es «más catolicismo»? Cómo les explicas que todo eso de la Santísima Trinidad, que Jesús nació de una virgen, lo de la transustanciación..., en fin, ya sabes...

Ahora ya ves lo difícil que es explicar que la democracia es una chorrada.

Claro, puedo estar equivocado. ¿Quién carajo soy yo? Un don nadie. Y aquí todo el mundo está de acuerdo: la democracia es maravillosa.

Así que no te estoy diciendo que la democracia sea una chorrada. Solo te estoy sugiriendo que quizá podrías considerar esa posibilidad³¹.

Si lo sacamos de su contexto, cada argumento por separado parece bastante fácil de entender y aceptar. Aun así, podríamos empezar cuestionándonos si realmente es acertado comparar la democracia en todos sus clichés, formas y variedades económicas con una religión; también podríamos expresar nuestras dudas sobre que la democracia sea algo tan monolítico, inmóvil como lo era el catolicismo en la España el siglo XVI. Pero las metáforas de Yarvin se van amontonando unas encima de otras, se multiplican como los virus, y refutarlas en su conjunto nos costaría un par de libros del tamaño de este.

Quizá el mejor camino que podemos tomar sea el que nos lleva directamente al fondo, al objetivo que pretende Yarvin. Cuando llega al meollo de su argumento (¡algo que supuestamente en algún momento hace!), separa muy claramente sus ideas (la versión de la pastilla roja) de lo que considera los fantasmas del populacho (la pastilla azul):

1. Paz, prosperidad y libertad:
Pastilla azul: la democracia es la responsable del estado actual de paz, prosperidad y libertad en los EUA, Europa y Japón.
Pastilla roja: el imperio de la ley es responsable del estado actual de paz, prosperidad y libertad en los EUA, Europa y Japón.
2. Democracia, libertad y ley:
Pastilla azul: la democracia es inseparable de la libertad y la ley.

Pastilla roja: en el mejor de los casos, la democracia es echar sal en la herida de la libertad y la ley; en el peor, las excluye por completo, como sucede en Iraq.

3. Fascismo y comunismo:

Pastilla azul: los desastres del fascismo y del comunismo demuestran el valor de la democracia representativa.

Pastilla roja: el fascismo y el comunismo se entienden mejor como formas de democracia. La diferencia entre la democracia unipartidista y la multipartidista es igual a la que existe entre un tumor benigno y otro benigno³².

Yarvin siguió escribiendo durante años en Unqualified Reservations sin dejar de usar su particular estilo didáctico. Con el tiempo fue condimentando sus posts con poesía³³, crítica literaria³⁴, propaganda de whisky³⁵, comentarios sobre los bitcoin y solemnes declaraciones personales³⁶: «Por qué no soy un libertario»; «Por qué no soy un antisemita».

Su contribución a la *alt-right* es fundamentalmente política y particularmente antidemocrática³⁷. Fue un bloguero libertario quien inventó el término «neorreaccionario», en principio como una etiqueta-insulto para estas ideas, pero el término acabó por cuajar en filosofía política³⁸. En diversos lugares Yarvin se ha decidido a resumir sus ideas. Por ejemplo, en el texto «Amable introducción», que, tal y como él mismo se encarga de señalar con especial celo, es de todo menos amable: «Es como hablar de un “suave viaje con DMT”. Si realmente fuera suave, no sería DMT».

Ni se le puede llamar «amable» ni tampoco «introducción». Solo la primera parte cuenta con ocho mil palabras, y hay nueve partes. En cualquier caso, no es aquí donde Yarvin consigue llegar más cerca de plantear los puntos clave de su pensamiento:

La premisa básica [de Unqualified Reservations] es que todos los sistemas de gobierno del siglo XX que han venido rivalizando entre sí, incluyendo las democracias occidentales, las cuales se presentan como las que han ganado la batalla y que son las que hoy en día nos gobiernan, podrían etiquetarse con más propiedad como «orwellianos». Todos mantienen su legitimidad manipulando la opinión pública. Manejan la opinión pública modelando la información que presentan al público. Como parte de ese pú-

blico, tú escrutas detenidamente el mundo a través de una lente permanente colocada ante ti por tu propio gobierno. En una palabra, está *pwned*³⁹.

El responsable de ese *pwning** no es ni más ni menos que algo llamado la «Catedral», un conglomerado al que Yarvin, con un cierto toque de prestidigitación retórica, retrata como «la iglesia establecida», que engloba universidades, burócratas, gobiernos y prensa. Es como el pantano del que hablaba Trump, pero mucho mayor y mucho más descentralizado.

Según Yarvin, la Catedral no deja de vender el pensamiento izquierdista, y, como él mismo nos recuerda, «la derecha representa *paz, orden y seguridad*; la izquierda, *guerra, anarquía y crimen*»⁴⁰. La anarquía, mantiene, está al servicio de una clase intelectual-política-profesional-empresarial que no para de crecer: «La izquierda es caos y anarquía; cuanta más anarquía hay, más poder circulando por ahí libremente hay también. Cuanto más organizado está un sistema, menos gente hay dando órdenes»⁴¹.

A pesar de todo esto, de todo ese caos suelto, Yarvin insiste al mismo tiempo en que la moderna sociedad occidental es una teocracia. Y no está usando el concepto como una metáfora: «No es solo que vivamos en algo vagamente parecido a una teocracia puritana. Vivimos en una verdadera, genuina, en pleno funcionamiento, aunque con escasa salud, teocracia puritana del siglo XXI. Lo que esto significa es que apenas puedes confiar en tus creencias»⁴².

Los textos de Yarvin no son sino un juego intelectual destinado a seducir a personas con una relativamente pobre experiencia en juegos intelectuales, jóvenes y con inquietudes políticas. Claramente estamos ante alguien enormemente culto, y sus escritos dan, al menos, la apariencia de ser resultado de una investigación sólida y coherente. Entre otros conceptos ahora populares entre los seguidores de la derecha alternativa, Yarvin hace uso de la «ventana de Overton», idea por la cual sobre cada cuestión política en particular y en un contexto sociotemporal determinado hay

* Término de la jerga de los videojuegos procedente del inglés *to be owned*; en español, «sometimiento». [N. del T.]

un margen relativamente escaso de tesis que el público considerará aceptables, y que son justamente las que los políticos podrán plantear. La teoría afirma que la insistencia en chatear, discutir sobre cosas de las que antes era impensable hablar, o ideas que durante cierto tiempo se han considerado radicales, llega a conseguir que estas acaben por ser dominantes*.

Yarvin concibe un mundo más o menos autónomo y transparente en su moralidad: llamémosle la anti-Catedral. Resulta fácil ver cómo pasar de Facebook o 4chan a su pequeño blog—por ejemplo, en el sencillo formato que Google le ofrece no hay imágenes ni gráficos— sería para él algo parecido a pasar de deambular semanas por las calles de Manhattan a la quietud de las aulas de la Universidad de Columbia.

Hay un post más de Unqualified Reservations que destaca con luz propia y que merece nuestra atención aquí, en parte a causa de la atención que conseguiría atraer más adelante. Su título es «Por qué no soy un nacionalista». En él se incluye una cita que posteriormente se convertiría en un arma con la que atacar al propio Yarvin: «Debería resultar obvio que, aunque yo no sea un nacionalista blanco, no soy exactamente alguien que tenga que sentir alergia a todo eso»⁴³.

Yarvin prosigue nombrando nueve blogs y webs nacionalistas, entre ellos American Renaissance y VDARE, a los que califica como «los dos órganos principales del nacionalismo intelectual blanco». Tiene especial cuidado en trazar una línea que incluya estos sitios dentro de los límites de lo aceptable, y rechaza vincularlos a los blogs racistas “puros y duros”.

A continuación, afirma: «El nacionalismo blanco es el sistema ideológico más marginado y excluido socialmente de la historia». En su opinión, de esto es culpable el propio Hitler; para Yarvin el nacionalismo blanco no es en sí peligroso, al menos comparado con otros pensamientos: «Lo peor del nacionalismo blanco no es que sea nacionalismo; “nacionalismo” es en realidad otro modo de llamar a la democracia»⁴⁴.

* El concepto obtiene el nombre de su inspirador, Joseph Overton, antiguo vicepresidente de un enigmático *think-tank* libertario. Vid. «Does the Mackinac Center Have a Point of View?», www.mackinac.org/12894.

Claramente no se trata de un respaldo abierto al extremismo, pero sí se sitúa cerca de otro tic intelectual de la *alt-right*: la idea de que la minoría que prefiere la pastilla roja es el único grupo deseoso y capaz de luchar del modo adecuado contra ciertas ideas previamente incuestionadas. Por así decirlo, su ventana de Overton es mayor.

Al igual que esos profesores carismáticos que dictan sus clases desde la tarima de un aula universitaria, Unqualified Reservations creó una comunidad reducida, pero que pronto comenzaría a proyectar su influencia fuera de su reducido ámbito.

* * *

Al tiempo que el perfil público de la derecha alternativa aumentaba, los periodistas comenzaron a detectar signos de que las ideas de Yarvin se estaban expandiendo por Silicon Valley y Washington. Peter Thiel, fundador de PayPal y asesor de Donald Trump, tomaba prestadas ideas neorreaccionarias para su visión de la libertad oligárquica⁴⁵. «He dejado de creer que libertad y democracia son compatibles», escribió⁴⁶. En los primeros compases de la administración Trump, Yarvin supuestamente contaba ya entre sus fans con el propio Steve Bannon⁴⁷, por mucho que aquel asegurara no haber hablado nunca con el jefe de estrategia de la Casa Blanca⁴⁸.

Yarvin pasó a ser uno más del selecto puñado de pensadores clave que escribían sobre ideas neorreaccionarias: más tarde se los conocería como la *Dark Enlightenment*, Ilustración Oscura, y entre ellos figuraba también el filósofo británico Nick Land, quien confesaba tener en Yarvin una fuente de inspiración. «El único y mayor elemento provocador de su pensamiento», me confesó Land, «es que destroza el ideal de gobierno democrático»⁴⁹.

De todos los intelectuales relacionados con la derecha alternativa, o de entre aquellos a los que las grandes figuras del movimiento reconocen como un ascendente, Land es uno de los más enigmáticos. Mientras fue catedrático en la Warwick University del Reino Unido durante los noventa, ayudó a poner en marcha algo llamado Cybernetic Culture Research Unit (CCRU), una institución no-institucional de marcado tinte anárquico⁵⁰. Land, que

ahora vive en China, fue siempre un inconformista dentro de la Catedral de Yarvin, y se le describía en distintos lugares como «aceleracionista», «ciberpunk», «realista especulativo» y «nihilista furibundo». Sus obras filosóficas más radicales se publicaron en su mayoría como breves tratados en los años noventa. Las crónicas de aquella época se concentran en su personalidad y en el carácter heterodoxo del CCRU, que era más una elucubración mental que un proyecto universitario en toda regla.

«Lo que me impactó de un encuentro con Nick Land en el Brighton Zap Club en 1993 o 1994 fue su imagen», comentaría el artista y escritor Kodwo Eshun. «Su estilo era desde un principio abierto, franco, de igual a igual, completamente libre del protocolo académico, y su modo de hablar era tremendamente expresivo». Mark Fisher, un reconocido pensador y escritor por derecho propio, aunque con unos puntos de vista muy diferentes, opinaba de un artículo de Land lo siguiente: «Lo leí unas diez veces y aun así no logré comprenderlo..., a veces los conceptos iban entrando en mi cabeza como por osmosis, tras leerlo una y otra vez»⁵¹.

Pero un blog posterior de Land⁵², ofrecía un acercamiento más accesible a sus tesis y se concentraba en la mezcla inexorable de hombres y computadoras, en nuestra carrera hacia un futuro puramente tecnológico y tecnocrático y en la superioridad de las estructuras de gobierno al estilo de las ciudades-estado, como Hong-Kong o Singapur. Land se ocupa aquí de la idea de la Catedral y dedica varios posts a despotricar contra los medios de comunicación y las instituciones de estado habituales. En cierto momento manifestó su enfado con Twitter, que temporalmente clausuró su cuenta por razones que se desconocen⁵³.

En su blog, Land demuestra su simpatía con los proyectos antiigualitarios, y sube posts sobre las diferencias de los CI según países y etnias –tema clave para la *alt-right*–⁵⁴. Alaba a las ciudades-estado dotadas de un alto nivel de tecnologización como «los modelos más avanzados del orden social neorreaccionario en el mundo..., que combinan tradiciones étnicas resilientes con actuaciones tecnoeconómicas ultradinámicas, para así crear un enclave abierto, aunque autoprotector, civilizado y estable socialmente, de una excepcional funcionalidad de amplio espectro»⁵⁵.

Land confía el logro de todo ello a una política de inmigración altamente selectiva y a una economía que atraiga a personas inteligentes y productivas para “triturar” su CI. De hecho, él comparte con la derecha alternativa la obsesión por el coeficiente de inteligencia. La Catedral, mantiene, no quiere oír hablar de ello y rápidamente silencia cualquier alusión a la biodiversidad humana. Aquí, dice Land, es donde el peso del asfixiante manto que la corrección política tiende sobre nosotros alcanza su máximo exponente.

«Esto no es como si solo estuvieran en desacuerdo contigo respecto a cierta tesis política, ni tampoco es como una mera confrontación intelectual», me dijo. «Las dos cosas pueden suceder, desde luego, pero lo esencial es que ellos albergan un sentido de odio religioso fundamentalista, creen que ciertas verdades de fe están siendo cuestionadas»⁵⁶.

Es ese espíritu dogmático lo que saca de quicio a los neorreaccionarios —la suavidad con la que habla Land hace difícil imaginar la rabia que esconde—. Él me contó amable y pausadamente que la neorreacción sostiene que la idea de igualdad es una consecuencia de la igualdad espiritual esencial al cristianismo, y que negarse tajantemente a hablar de biodiversidad humana implica «diagnosticar los problemas sociales erróneamente, intentar resolver las cosas de modos en los que no se podrán resolver. Se trata simplemente de que así no nos enfrentamos con la realidad en su verdadera naturaleza y que las soluciones no serán realistas».

Es esta repetida insistencia en una verdad objetiva supuestamente ocultada o de la que no se revela por completo lo que sirve de excusa y apoyo al pensamiento de la *alt-right*. Y, sin embargo, a pesar de estos elogios y su aparente alineamiento con la derecha alternativa, Land, al igual que otros personajes vinculados al movimiento, ven necesario rechazar la derecha alternativa una vez penetre en la conciencia popular. De hecho, a pesar de coincidir con algunas de las tesis del movimiento y denunciar el estado actual de la libertad de expresión entre los progresistas, en su blog Land no tenía ningún reparo en reprender a la derecha alternativa como un grupo de fanáticos del fascismo en un pasaje que da a entender algunos de sus fallos, fallos que se revelarán manifiestamente durante la era Trump.

«La neorreacción, tal y como yo lo veo, precedía la emergencia de la *alt-right* como consecuencia inevitable de los excesos de la Catedral, y no le gustaba ni remotamente lo que vio», escribió, para continuar:

Para la derecha alternativa, hablando en términos generales, el fascismo es (1) básicamente una buena filosofía, y (2) una gran mentira fraguada por (((Cultural Marxists)))^{*} para reírse de ella. Para el NRx (versión Xenosystems), el fascismo es una aberración izquierdista en su fase tardía convertida en algo especialmente tóxico por su relativa viabilidad. No hay ninguna posibilidad viable de consenso a este respecto.

Concluye el post con algo parecido a una advertencia:

Nada de esto debería considerarse como una competición para reclutar nuevos miembros. Quizá la *alt-right* se haga con todos ellos —está destinada a ser algo gigantesco—. Pero desde la perspectiva del NRx, la derecha alternativa es valiosa solo en cuanto sirve para ayudarnos a hacer limpieza en nuestras propias filas. Estamos más que encantados con que se lleven a todos los que puedan; eso sí, que cierren la puerta al salir⁵⁷.

Cuando hablé con Land en una conexión desde Beijing a primera hora de una mañana de 2017, me contó que consideraba a la derecha alternativa básicamente como populismo democrático; frente a ello, la neorreacción, dijo, era esencialmente antidemocrática y antipopulista. Aunque estas dos tendencias pudieran sentirse unidas en su oposición a un enemigo común, en realidad jamás podrían ser buenos compañeros de cama.

«La explosiva aparición de la *alt-right* sin duda cogió a los neorreaccionarios por sorpresa», dijo, «ya que el componente fundamental de esta corriente ha sido la fobia a que los cambios radicales que persiguen pudieran venir, que la maquinaria democrática estuviera tan perfectamente engranada y la Catedral hiciera las

^{*} Sobre el significado del triple paréntesis, *vid.* capítulo 5, epígrafe «(((eco)))». [N. del T.]

cosas tan disimuladamente que tuviéramos que abandonar cualquier esperanza de una disrupción radical».

«Por tanto, está muy claro lo equivocado que es imaginarse a los reaccionarios frotándose las manos al ver cómo la derecha alternativa ha aparecido, que se están regodeando sin parar de decir: “¡Perfecto, todo ha salido como lo habíamos planeado!”.»

Resulta muy revelador que los seguidores de la derecha alternativa hicieran lo posible por anclar su movimiento en una charca académica cuyo punto de amarre era alguien como Land, alguien que tan claramente se había desmarcado de ellos. Al acabar la campaña de Trump, nos encontramos con que no había un grupo considerable y compacto de figuras que aún contaran con cierta credibilidad y que además estuvieran dispuestos a unirse al grupo. En los créditos de las cabeceras de *AlternativeRight.com* y el resto de los sitios de la *alt-right* aparecen ahora muchos expulsados de la Catedral u otros a quienes no se les permitió ocupar los primeros bancos de la iglesia.

Por supuesto, para muchos, dicha circunstancia es toda una medalla que llevar con orgullo y un síntoma de la idiotización y el estrangulamiento de la libertad que la corrección política ejerce en las instituciones universitarias. Pero no es menos cierto que los neoconservadores ven en ello un problema, pues se trata de un movimiento que presume de ser líder en la búsqueda de la verdad y del rigor intelectual, algo en lo que la *alt-right* claramente no da la talla, y que, a lo largo de sus primeros años de historia, también a diferencia de la derecha alternativa, libró sus batallas online y no mediante la acción directa o las protestas callejeras.

* * *

Al carecer de unos fundamentos firmes en los que apoyar sus ataques contra el multiculturalismo liberal, la *alt-right* podría haber continuado siendo una cuestión abstrusa, cosa de unos blogueros excéntricos, tan estafalaria y carente de popularidad como lo eran muchas de sus ideas más radicales: Spencer propuso partir en trozos los Estados Unidos y salir en cruzada a la conquista de Estambul.

La derecha alternativa necesitaba una ayuda más poderosa para abrir una grieta en el pensamiento tradicional: puntos de convergencia muy concretos que le permitieran catalizar la indignación popular, un nuevo imperio mediático con acceso fácil a Facebook o un candidato político capaz de canalizar algunas de sus ideas. Y por muy improbable que ello pudiera parecer, todos esos factores acabaron llegando, y más o menos al mismo tiempo.